

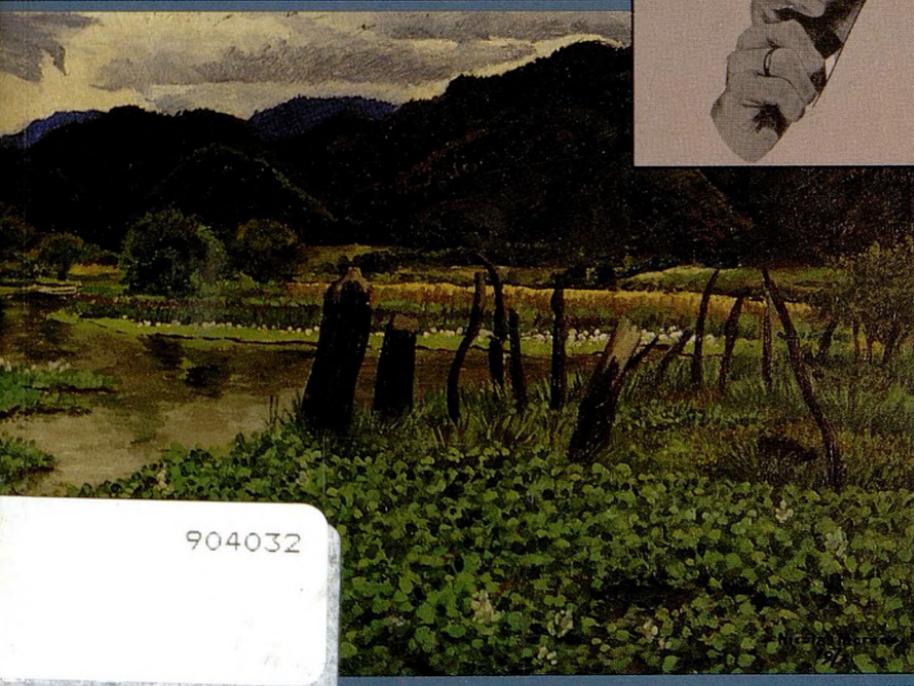
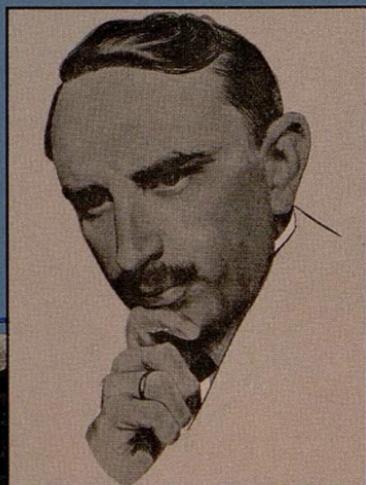
# LOS ROMANCEROS DE

JOSE MARÍA

2

GURRÍA URGELL

ROMANCERO  
DE TABASCO



904032

Gobierno del Estado de Chiapas

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO



**LOS ROMANCEROS DE  
JOSE MARÍA  
GURRÍA URGELL**

**2**

**ROMANCERO  
DE TABASCO**

# **LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL**

VOLUMEN 1    **ROMANCERO DEL SANTUARIO**

VOLUMEN 2    **ROMANCERO DE TABASCO**

VOLUMEN 3    **ROMANCERO DEL GRIJALVA**

VOLUMEN 4    **ROMANCERO DE PICHUCALCO**

VOLUMEN 5    **ROMANCERO DEL RECUERDO**

VOLUMEN 6    **ROMANCE DE LOS TRES DIOSSES**

VOLUMEN 7    **ROMANCERO DE VERACRUZ**

VOLUMEN 8    **ANTOLOGÍA DEL RECUERDO**

**LOS ROMANCEROS DE  
JOSE MARÍA  
GURRÍA URGELL**

**2**

**ROMANCERO  
DE TABASCO**

**1993**

---

**Gobierno del Estado de Chiapas**

---

**GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO**

---

FT

861H

6659

V.2

Ed. 77 11 82

NT.904632

**LOS ROMANCEROS DE JOSÉ MARÍA GURRÍA URGELL**

VOLUMEN 2 • ROMANCERO DE TABASCO

© 1993 por Gobierno del Estado de Tabasco.  
Instituto de Cultura de Tabasco.  
Dirección Editorial.  
Calle Sánchez Magallanes,  
Fraccionamiento Portal del Agua,  
Lote 1. C.P.M. 86000.  
Villahermosa, Tabasco.

© 1993 por Gobierno del Estado de Chiapas.  
Consejo Estatal de Fomento a la  
Investigación y Difusión de la Cultura.  
DIF - Chiapas.  
Instituto Chiapaneco de Cultura.  
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

IMPRESO EN MÉXICO • PRINTED IN MEXICO

ESTE SEGUNDO VOLUMEN DE  
«LOS ROMANCEROS DE JOSÉ MARÍA GURRÍA URGELL»  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1993,  
A CARGO DE OMEGA EDITORES —CUERVO No. 30, FRACC. LAS  
ARBOLEDAS, 52500 ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, EDO. DE MÉXICO—.  
LA EDICIÓN CONSTA DE 3,000 EJEMPLARES,  
MÁS SOBANTES PARA REPOSICIÓN.  
PINTURA DE LA PORTADA: NICOLÁS MORENO.  
DISEÑO DE PORTADA: ANDREA GABRIELA FERNÁNDEZ.

## **CONTENIDO**

### **VOLUMEN 2**

Romance de la Plaza de Armas . . . . .	1
Romance de la carta . . . . .	13
Romance de vaqueros . . . . .	19
Romance de Navidad . . . . .	29
Romance de la abadesa . . . . .	31
Romance del Cristo Negro . . . . .	39
Romance de la Bella Victoria . . . . .	49
Romance del Colegio . . . . .	61
Romance de la Canícula y del buen ladrón . . . . .	67
Romance de Joaquín González Balboa . . . . .	77
Romance de los Ficache . . . . .	87
Romance de amanecer . . . . .	107
Romance de los amigos . . . . .	111
Romance de la varita de virtud . . . . .	115
Romance de un loco . . . . .	121
Romance del Señor de la Buena Suerte . . . . .	125



## ROMANCE DE LA PLAZA DE ARMAS

### I

**P**ARA MÍ TIENEN LAS COSAS  
precisamente la edad  
que yo tuve allá en el tiempo  
en que las quiero evocar;  
y la Plaza de Armas abre  
con seis años, mi cantar.

A la sombra de lureles  
que convidan a soñar,  
daba prados a las flores,  
a los pájaros, nidal,  
y una esquina le sangraba  
con la flor de frambollán.

Verde manto de manila  
que la luz quiso bordar  
con el oro de los crotos  
y el rubor del tulipán,  
vivo y preso entre las lanzas  
de su reja colonial.

La pupila de un reloj  
en cúpula de metal  
la contempla en el Palacio  
que luce griego frontal,  
pero con dos campaniles  
de algún castillo feudal.

En una fuente Afrodita,  
en su desnuda beldad,  
en la concha de su mito,  
se está dejando bañar  
por amorcillos paganos  
y las toninas del mar.

En otra, cinco flamencos  
lanzan en la claridad,  
chorros de agua que se curvan  
por su propia gravedad,  
engalanando la Plaza  
con un lirio de cristal.

En el centro, la Pirámide.  
Así le suelen llamar  
a una columna plantada  
en plinto de material  
para subir hasta el cielo  
al águila y su nopal.

Cuatro faroles de hierro  
con quinqués para alumbrar  
encuadran el monumento,  
que hablando de libertad,  
con cadenas como hamacas  
lo tuvieron que encerrar.

Cintas rojas, los caminos  
se cruzan en diagonal:  
uno de casa de Angulo  
derrota para el "Vivac"  
y el otro desde "La Punta"  
a casa de Juan Pizá.

Mas no puedo recordarte,  
Plaza de Armas de San Juan,  
sin ver enfrente de ti  
la casona de mi hogar  
y un bullir de golondrinas  
al amor de su portal.

## II

Veintisiete de febrero  
marca el patrio santoral.  
Al rumor de mil banderas  
que hace la brisa flotar,  
en verde, blanco y en rojo,  
se ve la plaza temblar.

En una rueda de atriles,  
la Banda Municipal,  
que dirige Guillermito,  
a quien debe la Ciudad,  
casi tanto como al río,  
su alma dulce y musical.

Diósela en música sacra,  
en las piezas de bailar,  
en óperas y conciertos,  
en la fanfarria marcial  
y en serenatas dolientes  
bajo el encanto lunar.

Por la noche farolillos  
venecianos, en sartal  
y los de papel de china  
que en la reja señorial,  
encarcelaban la Plaza  
con policromo collar.

Cabo de vela convierte  
el farolillo en fanal;  
la Plaza entera es un prisma  
que se pone a fulgurar  
y en luz de siete colores  
embruja la oscuridad.

Los puestos de "cochinita"  
con sus mecheros de "gas",  
dulces refrescos de chía  
con que la sed apagar,  
"chongolinos" y ruletas  
donde perder y ganar.

Como suspiros de fuego  
que al cielo quieren llegar,  
los "voladores" subían,  
y al no poderlo alcanzar,  
con lágrimas de bengala  
se soltaban a llorar.

El niño que te veía  
y no te puede olvidar,  
te sigue viendo en un viejo  
que no cesa de añorar  
el calor de tus amores,  
¡Plaza de Armas de San Juan!

### III

Para mí tienen las cosas  
los años del que las ve  
y la Plaza de Armas tiene,  
al evocarla otra vez  
los mismos que yo tenía,  
entre quince y diez y seis.

Donde estaba la Pirámide,  
hay un kiosco japonés;  
han sembrado tres almendros  
que no quieren florecer  
y luz eléctrica suple  
a los faroles de ayer.

Los laureles han crecido  
porque así tiene que ser  
y más hojas amarillas  
sus ramas dejan caer;  
y lo demás sigue siendo  
como en otros tiempos fue.

Las casas que la rodean  
van llevando su vejez.  
Se me olvidaba la nueva  
que construyera Chamet  
y que comprara el Cabildo  
para mejor parecer.

Por citar la casa nueva,  
las viejas mencionaré:  
las de Payró, Mestre y Graham  
en un costado se ven,  
la que tienen los Correa  
y una que es, y no es.

No quisiera mencionarla  
pues los ha de entristecer,  
tiene portales y rejas  
y soldados del cuartel,  
donde presos ven la plaza  
como si fuera mujer.

Y la casa que fue mía,  
que si no me vió nacer  
ni me vió tampoco de hombre,  
nido fué de mi niñez.  
y en mi bella adolescencia  
formó parte de mi ser.

IV

Plaza llena de estudiantes  
que te hicieron aprender,  
en Contreras, matemáticas,  
física con Langlebert,  
retórica con Campillo,  
historia, con Ducoudray.

La geografía, con Schulz,  
en Mendizábal, francés,  
la química, con Istrati,  
en Róbertson, el inglés,  
con Purón, anatomía,  
zoología, con Dugés.

Historia patria, en Verdía,  
el cosmos, en Guillermin,  
y en Bárbara y en Celarent,  
con Stuart Mill, Parra y Bain  
supiste hacer silogismos  
y sofismas deshacer.

Con don Quijote, reías,  
ensoñabas con Musset,  
con Perico y Antón Pérez  
vi tus lágrimas correr.  
Te enamoraste conmigo  
de Salambó, de Flaubert.

Díaz Mirón y Núñez Arce  
te hicieron estremecer;  
romántica con Acuña,  
con Nájera y con Rubén;  
de llovizna te cubrías  
recitando Tabaré.

V

Azulada en la mañana  
y en las tardes rosicler,  
se arropaba dulcemente  
en el suave anochecer  
con su colcha de luceros,  
para dormirse después.

De la iglesia de "La Punta"  
(cuyas campanas toque)  
van saliendo las muchachas  
como flores de un vergel  
y van formando en la Plaza  
maravilloso bouquet.

Con el clavel de sus bocas  
contrasta su palidez;  
y al pasar entre galanes  
se dijera que sus pies  
van pisando los piropos  
con las hojas de laurel.

En la tarde los muchachos  
van a luchar y correr.  
Las niñas juegan aparte;  
lo que dicen les diré:  
“jilito, jilito de oro,  
yo jugando mi ajedrez.”

Por la noche la retreta  
musicada hasta las diez;  
juventud que busca amores  
y para mirarse bien,  
si ellas dan vuelta a derecha,  
ellos la dan al revés.

De las muchachas de entonces  
solo apellidos diré  
para que no reconozcan  
a la joven que adoré,  
si nombre y verso se funden  
en una gota de miel.

Jiménez, Merinos, Suárez,  
Brito, Llergos y Fouché,  
Sosa, de Mucha, Canales,  
Hernández, Bulnes, Pallet,  
Pérez, Payrós y González,  
Amores y Pellicer.

Lacroaes, Ruíz y Merinos,  
Fernández, Pérez, Martens,  
Paz, Escobares, Trujillo,  
León, Bastares y Ferrer,  
Barrancos, Díaz, Pedreros,  
y otros muchos que olvidé.

Amor de largas miradas  
untadas de languidez;  
una lluvia de floeos  
en gardenia y en clavel;  
y nadie mira a la Venus  
por más desnuda que esté.

El mozo que te gozara  
y te sigue siendo fiel,  
con azúcar de recuerdos  
endulza su envejecer.  
¡Plaza de San Juan Bautista,  
quién te mirase otra vez!

VI

Para mí tienen las cosas  
los años del que las vio  
y la Plaza de Armas tiene  
los mismos que tuve yo  
cuande dejé de mirarla  
y no aquellos en que voy.

Me han contado, Plaza de Armas,  
que sufres torvo dolor,  
que nadie estudia en tus bancas  
ni escuchas frases de amor;  
que ya no tienes laureles  
ni frambollanes en flor.

Que te robaron tus rejas,  
tus fontanas, tu verdor,  
que las brisas ya no llegan  
en las tardes de calor  
a jugar entre las ramas  
con los destellos del sol.

Pero si esto fuera cierto,  
ni pensarlo quiero yo,  
si es verdad que en tus retretas  
no palpita un corazón,  
ni en las fiestas nacionales  
eres prisma de color.

Estos versos que reflejan  
tu pretérito esplendor  
te llevarán tus laureles,  
tus frambollanes en flor  
y las lanzas de tus rejas  
con la sonrisa de Dios.

## ROMANCE DE LA CARTA

**E**N UN MECEDOR DE VIENA  
enrejillado de paja,  
tomaba el fresco la niña  
en la acera de su casa.  
Yo pasaba: —Buenas noches.  
—Buenas noches— contestaba.

Yo me llevaba su voz  
y a veces una mirada.  
Y era como amanecer  
a la orilla del Grijalva  
y ver mezclarse la luz  
con el murmullo del agua.

No les diré si vivía  
por la Plazuela del Águila,  
si por la calle de Juárez,  
si por la calle de Aldama;  
ni si daban sobre el parque  
las rejas de su ventana.

Mi pasión se traducía  
en pasar y saludarla.  
Y eran su ojos más tiernos  
y su voz era más grata,  
según el tiempo corría  
y yo su calle pasaba.

Y tuve la mala idea  
de dirigirle una carta  
que por miedo no firmé;  
dejando que adivinara  
la mano que la escribía,  
la pasión que la dictaba.

Y la carta me salió,  
sin quererlo, asonantada.  
Versos que sólo tenían  
olor de rosas tempranas  
abiertas por el Amor  
a la luz de la mañana.

— “Quién pudiera ver mi carta  
entre tus dedos temblar  
como un pedazo de mi alma  
que hasta ti logra llegar  
para besarte en las manos  
como te quiere besar.

Quién pudiera sorprender  
el asombro en tu beldad,  
cuando mis coplas se filtren,  
por la luz de tu mirar  
y te besen en los ojos  
como te quieren besar.

Quién pudiera ver mis versos  
en tus labios comulgar,  
penetrando silenciosos  
por su pálido coral,  
y besándote en la boca  
como te quieren besar.

Quién los pudiera sentir  
si los quieres escuchar,  
como espumas rumorosas  
en dos conchitas del mar,  
besándote los oídos  
como te quieren besar

¿Quién puedo ser? No interesa.  
Para quererte, uno más,  
que hasta ti viene a traer  
las rimas de su cantar  
para besarte en el alma  
como te quiere besar.”

Cuando en la noche la vi,  
el corazón me temblaba.  
Inmóvil en su sillón,  
se dijera que soñaba.  
El pensamiento y los ojos  
en las estrellas lejanas.

—Buenas noches —murmuré:  
pareció que despertaba.  
Sacudió con su cabeza  
su cabellera dorada  
y con voz indiferente  
contestó de mala gana.

Y nunca más me llevé  
ni su voz, ni su mirada.  
Duro desdén envainó  
en mi corazón su daga,  
¡y dejó de amanecer  
a la orilla del Grijalva!

Fue mi existencia un erial  
porque fue valle de lágrimas;  
mas con el tiempo curé  
de aquella herida del alma.  
Otros ojos más piadosos  
brotar hicieron la grama.

De viejo vine a saber  
la tragedia más extraña.  
En aquella dulce niña  
que los versos adoraba,  
se deslizó la locura  
de saber quién le cantaba.

Sospechó de Manlio Fuentes,  
de Manuel Mestre Ghigliazza,  
pensó en Arcadio Zentella,  
pensó en el Chato Calzada  
y en aquel dulce poeta  
que fue César Villasana.

En Alcalá y Taracena,  
en Leandro Duque de Estrada,  
en Pancho Santamaría,  
en Calcáneo y en Santana,  
en Correa y Carlos Ramos,  
Clarín y trino de Teapa.

Y pasaban los poetas  
por la acera de su casa;  
sin que vieran su belleza  
ni la ofrenda que asomaba  
en sus dos ojos azules  
y en su boquita escarlata.

Así corrieron los años;  
su poeta no llegaba;  
pidióle en vano su nombre  
a las estrellas lejanas;  
aquel nombre que no puse  
en la maldecida carta.

Y se fue poniendo triste  
y se fue poniendo pálida;  
por un poeta moría  
por un poeta penaba  
y su poeta existía,  
pero en mí, nunca pensaba.

Por vez postrera la vieron  
en el camino de Atasta.  
Iba vestida de blanco,  
las pupilas entornadas,  
preguntando a las estrellas  
desde el fondo de su caja.

Aquí termina señores,  
el romance de la carta,  
de la carta que mató  
a una chiquilla de nácar  
que ya no espera poetas  
en la acera de su casa.

## ROMANCE DE VAQUEROS

I

**E**N UNA NUBE DE POLVO  
que se arrastra por el llano,  
bajo el sol calenturiento  
de una jornada de mayo,  
atraviesa la sabana  
una punta de ganado.

Un jinete a descubierta  
y pisándole los rastros,  
con sus grandes cornamentas  
los cabestros, paso a paso.  
El arreador va detrás  
con la garrocha en la mano.

Después toda la partida  
con la selva de sus tarros:  
toros pintos, toros negros,  
toros joscós, toros sardos,  
empujándose, embistiéndose,  
siempre inquietos, siempre bravos.

Cierran la marcha al final  
los vaqueros a caballo,  
prontas la soga y la voz  
por si un toro malgeniado  
se despica del montón  
aprovechando un atajo.

El puntero, su jopeo  
lanza al término lejano.  
Largo grito de vaquero  
que rodando por el campo  
cobra cadencias de son  
melancólico y romántico.

Son, que al topar con el cielo,  
retrocede rebotando;  
y se va hundiendo en el alma  
como un verso, como un canto,  
con sus notas lastimeras  
y con su dejo de llanto.

Y a su embrujo, bajo el sol  
de una jornada de mayo,  
en una nube de polvo  
que se arrastra por el llano,  
atraviesa la sabana,  
una punta de ganado.

## II

Por la tarde la partida  
en la hacienda del Chinal  
duerme o rumia, descansando  
a la sombra que le dan  
los tintales, los amates  
o las ramas de tatuán.

Los vaqueros en la casa,  
al amor de su portal,  
dan noticias y recogen  
otras que pueden llevar  
para pagar la posada  
donde tengan que posar.

Echan flores a las mozas  
que preparan el yantar,  
trajinando zalameras  
al crujir de su fustán,  
con peinetas sobre negro  
y sus risas en coral.

Un muchacho ve la niña  
por quien suele suspirar;  
sus miradas se sonríen  
y se asustan a la par.  
Hace tiempo que se sueñan  
y no dejan de soñar.

Los dos tocan la jarana  
y al acorde musical  
improvisan sus cantares,  
van ustedes a juzgar,  
en esta noche que llega  
para que duerma el Chinal.

—Muchacho llanero,  
de vacas vaquero,  
de toros torero,  
de trinos trinero,  
de blanco chontal;  
de potro campero,  
con fuste platero,  
retobo de cuero,  
señor del potrero,  
gallardo galán.

Jurarte yo quiero,  
bajo ese lucero,  
de rayo rielero,  
que sufro y me muero,  
de amor y de afán;  
y que si mañero  
te cambias de alero;  
a novio propicio  
la punta de acero  
de corvo puñal.

—Muchacha llanera,  
de vacas vaquera,  
de toros torera,  
de trinos trinera,  
de blanco chontal;  
de yegua campera,  
de rienda crinera,  
de silla platera,  
mantilla borlera  
y rojo ronزال.

Ante esa rielera  
estrella señera  
a tu primavera  
de flores florera  
le quiero jurar:  
que si te perdiera  
fuera como fuera  
mi vida le diera  
al asta puntera  
de un toro puntal.

III

A la del alba salió  
de camino la partida.  
Con su caballo y su grito  
sirve el puntero de guía  
y lentamente se pierde  
en la verde lejanía.

A lo lejos, como yo,  
cuatro tigres la veían;  
pero no para envolverla  
en un manto de poesía,  
sino con la raya verde  
de sus ojos como estrias.

Una res que se desprende  
del ganado que camina,  
huye libre y valerosa  
por la sabana tendida.  
Ya galopan los vaqueros  
para cortarle la huída.

Y tres lazos a la vez,  
con largas bequillas  
revolando por el aire  
abren sus bocas torcidas  
hasta cerrarse en las astas  
de la res embravecida.

Sus colas quedan zocando  
las manzanas de las sillas;  
pero el toro arrastra todo  
en la maleza tupida,  
vaqueros, bestias y reatas  
hacia la selva vecina.

Salta un hombre del caballo  
y en una palma que avista  
cobra en su tronco la soga,  
que en sus manos se desliza  
y poniendo un pie en el árbol,  
se echa hacia atrás y se afirma.

Y sobreviene el tirón;  
la sogá que se restira;  
se adelgaza; va a romperse;  
la palma quema y rechina;  
mas luego afloja la res,  
muge, a lo lejos caída.

IV

Mas apenas el tirón  
hizo rodar a la res,  
cuando los tigres saltaron  
con cien ojos en la piel;  
en los ijares el hambre  
y en la garganta la sed.

Espantados los caballos,  
huyen; mas han de volver;  
pues vaquero que no quiera  
que se le pierda la fe  
ha de tornar al peligro  
sobre el miedo del corcel.

¡A los tigres! y se lanzan  
soga en mano y en tropel,  
el toro daba pelea  
aunque del morro hasta el pie,  
le borbotaba la sangre  
en tulipán y en clavel.

Ahora las fieras escapan;  
pero dejando un rehén.  
Una pelota que bota  
de dos reatas a merced,  
mientras un rifle dispara  
y logra el tiro en la sien.

A la partida lejana  
vuelven todos a la vez.  
El josco viene delante,  
el tigre muerto, después,  
y la hazaña pide un canto  
para que yo se lo dé.

v

Al finar veinte jornadas  
han llegado los vaqueros  
a la finca del Tintillo,  
donde está el embarcadero  
con la partida completa,  
después de tanto desvelo.

Y no miran sin tristeza  
cómo en el muelle de leños,  
van embarcando los toros  
en chalanes marineros,  
ya eran amigos de todos  
y hasta nombres les pusieron.

Allá lejos los esperan  
en los torvos mataderos  
los cuchillos asesinos  
y los que quitan los cueros,  
y las hachas picadoras  
y al fin los ganchos de fierro.

Luego los hombres preguntan,  
por qué mueren con el tiempo;  
sin ver que viven matando  
y nutriéndose de muertos  
y es natural que asimilen  
lo que les da su alimento.

VI

Y yo no puedo olvidar  
aquellas veinte jornadas  
ni a un muchacho que cantó,  
ni a una moza que cantaba;  
ni un toro josco que huyó,  
ni aquel tigre que lazaran.

La partida llegó bien;  
llegó bien para matarla.



## ROMANCE DE NAVIDAD

### I

**A**LELUYA DE CAMPANAS  
sobre las tierras del Sur.  
Repican en Esquipulas,  
en La Punta y Santa Cruz.

Una nueva Navidad  
llega vestida de azul,  
bajo un cielo de jacinto  
que se deshace en la luz.

En los místicos pesebres  
sonríe el Niño Jesús.  
Olor de hojas de pimienta,  
de copal y guayapul.

La estrella de la mañana  
pugna por brillar aún.  
Un pájaro va siguiendo  
la nota de su laúd.

Y abre la Aurora en Oriente  
con donosa lentitud,  
el varillaje de oro  
de su abanico de tul.

II

Muchacha que vas a misa,  
deshaciéndote en la luz;  
dime si vas a Esquipulas,  
a La Punta o Santa Cruz.

La estrella de la mañana  
se va, pero quedas tú.  
Olor de hojas de pimienta,  
de copal y guayapul.

El árbol de Navidad  
está vestido de azul.  
La gracia de tus amores  
me trajo el Niño Jesús.

El recuerdo va siguiendo  
la nota de mi laúd.  
¡Aleluya de campanas  
sobre las tierras del Sur!

## ROMANCE DE LA ABADESA

**E**N SAN CRISTÓBAL DE CHIAPAS,  
ciudad de paz y de rezos,  
una flor de los Gurriás,  
como la flor del almendro,  
fue en los tiempos coloniales  
abadesa de un convento.

Una lámpara votiva  
a los pies del Sacramento.  
Encendida en el aceite  
de callado sufrimiento,  
la luz de su alma brillaba  
en el vaso de su cuerpo.

Negra toca permitía  
ver el rostro marfileño  
donde dos gotas azules  
las lágrimas diluyeron  
y ojeras y ojos pintaron  
con el pálido del cielo.

Entre nariz y mentón  
con una visión de hoyuelo,  
la sombra de una sonrisa  
o su solo pensamiento,  
se partía en el capullo  
de sus labios entreabiertos.

Sus virtudes la llevaron  
a regir el monasterio.  
Pero ¿por qué floreció  
en las rejas de su encierro,  
cambiando el ruido del mundo  
por el ruido del silencio?

¿Por qué abandonó su lar?  
¡Teapa de los caballeros!  
¡Yema de honor y bravura,  
de escritores y guerreros!  
¡No fue en balde Bernal Díaz  
su primer encomendero!

Ciudad de plumas y espadas:  
¡Plumas de sus romanceros;  
espadas de sus hidalgos  
defensores de sus fueros;  
bendecidas en leyendas  
de sus cristos milagreros!

¡Edén de trinos y amores  
donde un río jardinero  
forja rosas encarnadas,  
no por su tono bermejo,  
sino porque enflora en carne,  
mujeres de nieve y fuego!

¿Los Prats y los Armengoles,  
los Ricaldes y Pedreros,  
los Calcáneos y Balboas,  
por sus ojos se batieron  
y las madres desoladas  
su belleza maldijeron?

¿El galán que sus favores  
iba luciendo altanero  
en el fierro de su lanza  
o en las plumas del chambergo,  
en besos de otra mujer,  
cobró los treinta dineros?

¿O cayó su prometido  
en la defensa del reino,  
peleando a orillas del mar  
y su nombre repitiendo  
ante el hacha del pirata  
o el fusil del bucanero?

¿Quiso, tal vez, rescatar  
el alma del bisabuelo,  
que en un pueblo debelado  
entró a saco y a degüello,  
y no dejó de señal  
sino el humo del recuerdo?

¿O quizá todo su ser,  
imantado hacia el Eterno,  
en la Cruz del Sur miró  
el destino de su anhelo  
y clavó su corazón  
entre sus cuatro luceros?

¡Nadie pudo comprender  
por qué los hombres perdieron  
la caricia de sus ojos,  
el aroma de su aliento,  
el arpegio de sus risas  
y el azúcar de sus besos!

Escondió sus lozanías  
en la sombra y el misterio,  
y ante un Cristo arrodilló  
su dolor y su secreto;  
y pasaron muchos años,  
¡pero no pasaba el tiempo!

Un día tuvo la Sor  
dulce desvanecimiento;  
como no volviera en sí,  
llamar hicieron al médico.  
Y después de tres sangrías  
la fue matando el remedio.

Santos óleos le aplicaron  
y su trance bendijeron,  
las hermanas la lloraban  
con sollozos lastimeros.  
La caja estaba clavando,  
en el patio, el carpintero.

Pero de pronto, la enferma  
abrió sus ojos de ensueño,  
al toque de una campana  
que la llamaba a lo lejos,  
y con fuerzas increíbles,  
hincó la muerte en su lecho.

Y se fue quedando absorta  
en un profundo embeleso,  
alguna cosa veía,  
escuchaba algún acento,  
pues reventó la sonrisa  
de sus labios entreabiertos.

Y la oración de María  
le brotó de muy adentro.  
La Magnífica surgió  
de sus íntimos veneros,  
removiendo las entrañas,  
hinchando vientres y pechos.

Y habló a su estéril rebaño,  
como si hablara entre sueños:  
—Mi Señor me visitó,  
y caminaba en el viento,  
como caminó en el agua  
ante los ojos de Pedro—.

—Estás curada, me dijo,  
torna a la vida de nuevo,  
pero si quieres vivir  
con los lirios de mis huertos,  
llegando el Jueves de Corpus  
serás conmigo en mi reino—.

Y el milagro se cumplió,  
mas con él, un sacrilegio:  
la reclusa no rezaba;  
dejó crecer sus cabellos  
y se pasaba los días  
coqueteando en el espejo.

Llegó Corpus, y feliz,  
soltó sus bucles traviesos;  
vistió el traje de profesa;  
se puso el púdico velo,  
y a la iglesia de su claustro  
las ovejas la siguieron.

Cientos de cirios brillaban;  
el altar era un brasero;  
la monja se arrodilló  
entre las nubes de incienso.  
¡Una lámpara votiva  
a los pies del Sacramento!

Y cuando alzó el oficiante  
la hostia nevada en los dedos  
como una luna pequeña  
que va camino del cielo,  
rodó la monja y quedó  
como una cruz en el suelo.

Mas su espíritu siguió  
del almo Signó el ascenso  
y sin ver que se detuvo  
siguió la inercia del vuelo,  
hasta posarse a los pies  
de plata del Nazareno.

Y así fue como acabó  
la abadesa del convento:  
una flor de los Gurrías,  
como la flor del almendro,  
en San Cristóbal de Chiapas,  
ciudad de paz y de rezos.



## ROMANCE DEL CRISTO NEGRO

### I

**T**RADICIÓN QUE ME CONSUELAS  
y en mis versos te modulas  
a la luz de las candelas  
de la Iglesia de Esquipulas.

Lo que me diera el pasado  
en el presente reintegro.  
En una cruz enclavado  
se retuerce Cristo Negro.

Y sobre el altar mayor,  
en la cresta de un peñasco,  
ama su torvo dolor  
la catedral de Tabasco.

Inquirí con rezanderas,  
y mi corazón de arcilla,  
forjó el jarro en que vivieras  
como flor de maravilla.

Tradicción que me consuelas  
y en mis versos te modulas  
a la luz de las candelas  
de la Iglesia de Esquipulas.

II

Florón de Capitanías  
era la de Guatemala;  
prendida por la conquista  
en la corona de España.

En término de Esquipulas,  
un convento se levanta  
con olor de santidad  
perfumando la comarca.

Un gran Cristo milagroso  
entre sus paredes guarda,  
fue tallado en guayacán  
por un santero de fama.

En piadosas romerías,  
desde regiones lejanas,  
acuden los peregrinos  
para besarle las plantas.

Y llegan ante su altar,  
porque en el fondo del alma,  
escucharon el tañido  
del metal de sus campanas.

Y miserias y dolores  
contestaron la llamada,  
en las remotas Hibueras  
y entre los valles del Chiapa.

III

Sólo Dios puede ser grande  
sin rebajar su grandeza;  
sólo Dios puede ser bueno  
a pesar de su potencia.

El hombre fuerte, muy pronto  
abusará de su fuerza;  
y el hombre rico caerá  
en el mal de sus riquezas.

En el santo monasterio  
se relajaron las reglas,  
acumulando milagros,  
diezmos, primicias y ofrendas.

Los monjes enriquecidos,  
de Satanás fueron presa.  
La Virtud se fue llorando  
con su hermana la Pobreza.

Toda la comunidad  
al desenfreno se entrega,  
con excepción del abad  
que de nada se da cuenta.

Del pobrecito de Asís  
sigue las divinas huellas  
y como Cristo en la cruz,  
pena con todas las penas.

Florecillas franciscanas  
en el alma le revientan  
y sus hermanas del campo,  
aroman en su presencia

Y la bendición del santo  
distribuye con largueza:  
—“Dios te bendiga y te guarde;  
misericordia te tenga;  
te muestre su dulce rostro  
y bondadoso te vea.  
Que la paz en los recuerdos  
y en la vida te conceda” —.

La corrupción de los frailes  
todas las gentes detestan  
y donde quiera que van  
la hostilidad les espera.

Mas si el rebaño divisa  
la figura macilenta  
del abad, arrodillado  
como a Francisco venera.

IV

A los pecados mortales:  
Soberbia, Gula, Codicia,  
Ira, Pereza y Lujuria,  
se unió luego el de la Envidia.

Todos ellos conjurados  
en el odio y en la inquina  
hicieron brotar el crimen,  
propagando su semilla.

Los malos monjes reunidos  
matar al prior determinan;  
no toleran sus virtudes  
ni su angélica sonrisa.

Ni aquel aire de inocente  
ni su voz como caricia;  
ni aquel respeto que todos  
le tributan si lo miran

Y van en busca del brujo  
que en las montañas habita,  
para pedirle un veneno  
con que quitarle la vida.

Dióles el brujo el veneno,  
compuesto en noche maldita  
bajo el signo de Escorpión,  
del Alacrán y la Hidra.

Con la ponzoña que sabias  
las nauyacac depositan,  
en las piedras del arroyo  
cuando beber necesitan.

Quien lo roce con los labios  
de sus años se despida;  
haga de cuenta que un rayo  
en el acto lo fulmina.

Y en el clavo que los pies  
del Salvador martiriza,  
el veneno dispusieron  
con sacrilega malicia.

El prior besaba aquel clavo,  
sus oraciones concluidas,  
y los frailes esperaron  
entre la oscura capilla.

Ruido de pasos que llegan;  
el superior se aproxima.  
Los corazones culpables  
en el silencio palpitan.

v

Todas las noches el prior  
en la nave silenciosa,  
ante el Cristo de Esquipulas  
arrodillado se postra.

En un místico deliquio  
el amor se le desborda,  
y por todos los que viven  
a Nuestro Señor implora.

Pide por pobres y ricos,  
por los que ríen y lloran,  
por los buenos que ante Dios  
son encendidas antorchas.

Por los malos que lo son  
solamente porque ignoran,  
que apagan cada momento  
sus encendidas antorchas.

Por aves y por gusanos,  
por el viento y por la fronda,  
por la hierba que se pisa,  
por la hiedra trepadora.

Por el lobo y el cordero,  
por el venado y la leona,  
por la víctima inmolada  
y por la garra que inmola.

El prior deja de rezar  
pidiendo su alma piadosa  
que venga el Reino de Dios  
a la tierra pecadora.

Y no besando en el hierro  
sino el dolor que provoca,  
en el clavo envenenado  
puso la lívida boca.

VI

Todo el templo se estremece,  
como preso de pavora;  
y se vuelve el Cristo Negro  
en una horrible tortura.

Se le retuercen los miembros  
y el rosa de su blancura  
sobre la boca crispada  
se le convierte en espuma.

El grito de los culpables  
en la distancia retumba;  
el Cristo absorbe el veneno  
y salva su criatura.

Y otra vez sacrificado,  
sus ojos vuelve a la altura  
y un nuevo perdón implora  
para la humana locura.

Y dicen que las estrellas  
palpitaron más que nunca,  
que las aves despertadas  
trinaban en la espesura.

Las fieras se arrodillaron  
bajo la luz de la luna  
y libertaron la presa  
que desgarraban sus uñas.

Y sin que nadie observara  
la labor de mano alguna,  
el órgano resonaba  
con una extraña dulzura.  
Y los cirios parpadeaban  
del incienso entre la bruma.

Tradicción que me consuelas  
y en mis versos te modulas,  
a la luz de las candelas  
de la Iglesia de Esquipulas.



## ROMANCE DE LA BELLA VICTORIA

### I

**A** LA ENTRADA DEL PLAYÓN  
se levantaba la carpa;  
apuntalada por dentro  
con dos mástiles de barca  
y por afuera con cuerdas  
tirantes de las estacas.

Las viejas lonas curtidas  
eran una sola mancha.  
¡Pobre circo trashumante,  
peregrino de distancias,  
descansando quince días  
a la orilla del Grijalva!

He dicho el nombre del río  
y la mágica palabra,  
me hizo sentir el perfume  
desprendido de sus aguas  
y el rumor de sus sauces  
en las tardes asoleadas.

¿Y no ve vuestro recuerdo  
su playón en lontananza;  
los cayucos del barranco  
derramándose en naranjas  
y un lejano aserradero  
donde se mecen las balsas?

Baisas en que Manlio Fuentes  
leía novelas clásicas;  
donde yo, Chema Gurría,  
en edad moza y romántica,  
me soñaba Tabaré  
en las márgenes del Plata.

Pero volvamos al circo.  
En la noche debutaba,  
lo dijeron en mayúsculas  
multicolores programas,  
que el payaso repartía  
entre sonos de charanga.

Al cuarto para las ocho,  
estaban llenas las gradas  
y los palquitos con sillas  
para la gente ricacha,  
en derredor de la pista  
por mecheros alumbrada.

El hombre de frac y fusta  
peroró su perorata.  
Ayudantes con librea  
formaron mísera valla  
y salió la compañía  
a rendir la caravana.

El payaso dijo chistes  
y recibió bofetadas.  
Agotó su repertorio  
sobre suegras y cuñadas  
en un vano de silencio  
para sus bromas gastadas.

Hizo el cristo un maromero  
en las argollas forradas,  
otro trepó como un mico  
para lucirse en la barra.  
Ni el trapecista impidió  
que el público bostezara.

Esas suertes las hacían  
Calderón y Villasana,  
Ruberto Jiménez Mérito  
o cualquiera de los Viana.  
El caballo no encontró  
el pañuelo que buscaba.

Provocó el chiste lo serio  
y lo serio, carcajadas;  
fracasó el salto mortal  
y entre burlona algazara,  
el pobre malabarista  
y el engullidor de espadas.

Pero de pronto el asombro  
dejó la gente callada;  
en un alambre tendido,  
estaba bailando una hada  
con los brazos extendidos  
y la sonrisa en la cara.

Era la Bella Victoria,  
casi desnuda en su malla;  
con dorado coceleto  
y faldellín verde malva  
danzando en tanto que toca  
"Sobre las Olas", la banda.

Quizá tuviera quince años;  
tal vez de veinte pasaba.  
¿Era rosa tempranera  
o era rosa retardada?  
Para mí, tuvo la edad  
de un botón que reventaba.

Y brotaron los aplausos  
de las sillas y las gradas,  
un fragante ramillete  
que el entusiasmo forjara  
porque la niña luciera  
en el centro de las palmas.

Y con llave de alegría  
la bondad abrió su caja.  
El payaso hizo reír,  
admiróse al de la barra;  
asustó el salto mortal  
y el engullidor de espadas.

Resultó sabio el caballo;  
el malabarista un hacha.  
En la final pantomima  
a todo el público pasman,  
pieles rojas emplumados  
y diablos entre las llamas.

Mientras la Bella Victoria,  
la de mejillas de grana,  
contempla y vive el milagro  
de su belleza pagana,  
con el sol en la sonrisa  
y la luna en la mirada.

II

Las entradas se agotaron  
por dos semanas enteras;  
todos hablan de la niña,  
de su gracia y su belleza.  
Las dos semanas de Circo  
fueron semanas de fiesta.

Y de la Bella Victoria  
se apoderó la leyenda.  
La robaron siendo niña,  
los gitanos, de una aldea;  
era acaso el noble fruto  
del amor de una princesa.

Los tenorios la asediaron,  
pero era mujer honesta;  
ello exaltó sus deseos,  
pues es humana la idea  
de manchar el agua limpia,  
de cualquier modo que sea.

Pero su buena conducta  
abrióle todas las puertas.  
Encopetadas señoras  
le platican, si la encuentran  
y la tienen como amiga  
las más altivas doncellas.

Por quince días la tuvo,  
San Juan Bautista, de Reina;  
llegó al fin la despedida,  
todo el mundo se lamenta  
y le llevan al barranco  
tulipanes y azucenas.

Tres veces, el Sánchez Mármol,  
hizo escuchar la sirena.  
Llora la Bella Victoria  
cuando el río se la lleva.  
Son sus ojos, ojos de agua  
en donde el dolor abreva.

III

Viajó la Bella Victoria  
de pueblo en pueblo danzando;  
mas donde quiera que iba  
suspiraba por Tabasco,  
con un amor como el mío  
que no merma con los años.

Cuando recuerda San Juan  
oye amorosos reclamos;  
a la orilla del Grijalva  
la llaman gentes y pájaros.  
El Sol pasó a sus pupilas,  
pasó la Luna a sus labios.

Fabricar soñó su vida  
bajo sus tibios tejados.  
Puerta y ventanas abiertas  
para ser hospitalario  
y porque nada se esconde  
en los hogares honrados.

El viejo padre la mira  
con el pesar en el ánimo.  
Aquella boca querida,  
como la flor del granado,  
indiferente a la vida,  
va sus pétalos cerrando.

¡Y vende el padre su Circo,  
deja el querido trabajo  
y regresa con su niña  
a la tierra de Tabasco!  
El paraíso perdido  
de sus ensueños dorados.

En el puerto de Frontera  
subieron al Sánchez Mármol  
y no obstante que el Grijalva  
acrecentó sus obstáculos,  
depositó sus viajeros  
en el muelle del barranco.

#### IV

¡Ay! Tabasco de mi vida,  
como fuiste traicionero  
con la que tanto te amó  
por lo fértil de tu suelo,  
por la bondad de tus gentes,  
por el azul de tu cielo.

Llegó la niña a San Juan  
como al país de los sueños.  
Un vestido de percal  
le daba un aire modesto.  
Ya las mallas no apretaban  
la perfección de su cuerpo.

A todo aquel que la vio,  
puso semblante risueño;  
esperando la alegría  
que provocara el encuentro  
y sólo halló indiferencia,  
el olvido o el recelo.

Tenorio que la seguía  
iba con mal pensamiento.  
Sus amigas la ignoraron  
por envidia o por desprecio.  
La señora encopetada  
la miró con torvo ceño.

No salía de su casa,  
no se explicaba el suceso.  
Sus ojos, dos ojos de agua,  
lloraban su desconsuelo.  
—“Querer esta tierra, —dice—  
sólo es la culpa que tengo”.

El padre que la comprende  
sufre por ella en secreto  
y habla de irse a otro lugar,  
así fuera a los infiernos,  
porque no sufra su niña  
tan indecible tormento.

No pudo reconquistar  
ni la sombra de un afecto;  
y se fueron de Tabasco,  
a donde quiera, muy lejos;  
sólo el Grijalva lloró  
porque el Grijalva es muy bueno.

V

Bella Victoria, mi tierra  
en mi romance te canta.  
No la culpes de traición,  
tú cometiste la falta  
de sembrarle una ilusión  
para después arrancársela.

Deja de ser golondrina,  
la que se corta las alas.  
Y fuiste para mis gentes,  
al arrancarte tus galas,  
solamente un lirio más  
en los bordes de sus playas.

Ellas amaron en ti  
tu faldellín verde malva,  
la perfección de tu cuerpo  
apretado entre las mallas,  
y en el alambre tendido  
el pecado que danzaba.

El reto de tu bohemia  
a sus vidas sedentarias,  
tu coceleto dorado,  
tus lentejuelas de plata,  
los bucles de tu cabello,  
lo raro de tu fragancia.

Les brindabas con tu ser,  
macerado de distancias,  
un aroma de aventuras  
que abrió en ellos la esperanza,  
y la rosa de los vientos  
como una flor en el alma.

El espejismo quebraste;  
les quitaste cuanto amaban.  
No fuiste ya golondrina,  
al arrancarte las alas,  
solamente un lirio más,  
en los bordes de sus playas.



## ROMANCE DEL COLEGIO

### I

**L**OMA DE LA ENCARNACIÓN,  
quién te bajara y subiera  
entre dos filas de casas  
trepadas en escaleras  
y el zacatillo brotando  
en las juntas de tus piedras.

El tiempo es de vidrio y veo  
tus escarpadas aceras,  
de la botica de Viana  
a casa de Valenzuela,  
desde don Pedro Pizá  
a casa de Ada Zentella.

Y más acá de don Polo,  
más allá de los Becerra,  
se encontraba mi colegio  
en casa de alto y de teja;  
el colegio de los curas  
si quisieran otra seña.

Se llama Santa María  
de Guadalupe mi escuela;  
instrucción y panoramas  
derrama sobre la cuesta,  
tan penosa de subir,  
tan dulce bajar por ella.

Un pequeño la camina  
con cachucha en la cabeza,  
una mochila de cuero  
golpeándole la cadera,  
mochila que a tres hermanos  
indestructible, sirviera.

Lleva dentro un silabario  
donde San Miguel pelea,  
con una lanza en la mano  
que a Satanás atraviesa,  
en símbolo del castigo  
que merece la soberbia.

El cuaderno de las planas  
para copiar letra inglesa,  
una pizarra rayada  
con su marco de madera,  
pizarrín, palillo y lápiz  
y tablas de suma y resta.

Más tarde cambió su carga  
y se llenó de "materias":  
historia de Aguirre Cinta,  
geometría y aritmética,  
gramática de Molina,  
geografía de Calleja.

El Ripalda y el Fleury  
con preguntas y respuestas,  
el Tercero de Mantilla  
para lectura selecta  
y un Manual de Urbanidad  
que reñía con la Ciencia.

En carpeta con tintero  
aquel muchacho se sienta;  
reza en coro la oración  
que el intelecto despierta  
y a preparar las bolitas  
para las bromas aviesas.

Canturrea las lecciones  
y al llegar las competencias,  
toma el azul estandarte  
que a Cartago representa  
y como buen general  
se prepara a la contienda.

Pero tiene que luchar  
contra superior potencia,  
aquel Antonio Gutiérrez  
de la memoria perfecta  
que a Roma representaba  
bajo la roja bandera.

Los maestros de sotana  
y casulla siempre puesta,  
no admitían las lecciones  
si no era al pie de la letra;  
cuánto reglazo en la mano  
cuántas "líneas" de condena.

Entre todos los maestros,  
el que usaba más "la regla"  
las "hincadas", "la cobacha"  
y un llavero con cadena,  
fue siempre el cura Briseño,  
alma sencilla e ingenua.

No era cura en realidad,  
tan sólo diácono fuera;  
pero cura le decían  
y cura se le recuerda;  
de lo aprendido con él  
les voy a dar una muestra.

## II

No me digan que la Tierra  
gira suspensa en el cielo,  
sobre un eje de ilusión  
cuyos puntales extremos  
se clavan en las alburas  
de los témpanos de hielo.

Ni me digan que se mueve,  
con olvido de su sexo,  
girando en torno del Sol,  
acercándose y huyendo,  
en estupendas elipses,  
por los espacios eternos.

Y en contra cito a Josué  
que al frente de sus guerreros,  
ordenó parar al Sol  
y paróse obedeciendo,  
ganando así Jericó  
y las rosas de sus huertos.

Tampoco admito que sean,  
uno sólo, en dos momentos,  
la estrella de la mañana  
y el vespertino lucero,  
por ser igual su tamaño  
su gravedad y su fuego.

Porque si fueran el mismo  
causaran el mismo efecto,  
y el astro de la mañana  
me provoca sólo sueño  
y el lucero de la tarde  
me sublima en el misterio.

Pudiera invocar a Einstein,  
si fuera relativero,  
pero por fortuna mía  
soy nomás un romancero  
a quien le basta y le sobra  
citar al cura Briseño.

III

Loma de la Encarnación,  
en donde estaba mi escuela,  
entre dos filas de casas  
trepadas en escaleras  
y brotando el zacatillo  
en las juntas de sus piedras.

## ROMANCE DE LA CANÍCULA Y DEL BUEN LADRÓN

I

**L**AS LLANURAS DE TABASCO  
la Canícula devastan  
y los días se suceden  
como fulgentes espadas  
que van segando la vida  
desde el mar a las montañas.

En el Trópico de Cáncer  
se quema el sol en sus llamas,  
a sí mismo se devora;  
en el cielo se desangra  
y empurpura el horizonte  
con crepúsculos de grana.

Y ya no embruja la luna  
al regar serrín de plata.  
Con el signo de la muerte,  
una hoz ensangrentada  
ambula toda la noche  
como siniestra amenaza.

Y las estrellas alumbran  
como antorchas funerarias  
en el sombrío silencio  
de las cosas y las almas.  
A veces, exhalaciones,  
se desprenden como lágrimas.

El calor es implacable  
no cesa ni en la mañana;  
agrieta la noble tierra  
para quemarle la entraña  
y en los ríos y lagunas  
se está bebiendo las aguas.

Como una flama de alcohol  
la luz, los ojos abrasa;  
no se percibe una nube,  
las nubes aborregadas  
huyeron hasta la sierra,  
por no quemarse la lana.

A veces, el viento Sur  
su aliento cálido lanza  
por los desiertos caminos,  
y nubes rojas levanta;  
pero sólo llueve polvo  
cuando el remolino pasa.

La sed es dueña del mundo;  
agosta vidas y plantas.  
De las copas de los árboles  
caen las hojas tostadas;  
la savia se evaporó,  
sin que llegase a las ramas.

Perros que van al azar  
atacados por la rabia,  
jadeando por las veredas,  
con los ojos como brasas,  
enseñando los colmillos  
y chorreándoles la baba.

La mosca verde pulula  
y el ganado se engusana,  
con la queresa que cubre  
sus heridas enconadas.  
En los popales, el sapo  
brinca en lugar de las ranas.

Las osamentas blanquean  
sobre potreros y playas,  
donde los chombos pasean  
como banderas piratas,  
la visión del exterminio  
con el luto de sus alas.

A veces, un resplandor  
ilumina la distancia;  
es el relámpago seco  
de una cólera lejana  
o las llamas del incendio  
que consume la sabana.

Un designio ineluctable,  
torvo como una venganza,  
la enfermedad y el desastre  
por todas partes derrama.  
La Canícula gobierna  
desde el mar a las montañas.

II

La ciudad está desierta;  
las vacaciones logradas,  
se fueron los estudiantes  
con "pebés" y reprobadas,  
y Villahermosa parece  
una viuda desolada.

El sol encierra las gentes  
en la sombra de las casas,  
casas de blancas paredes  
y de tejas coloradas.  
La tristeza se pasea  
por las calles y las plazas.

Y el calor siempre creciendo;  
un calor que no se aguanta,  
la Llorona se quejó  
entre la noche y el alba  
y se apagaron las risas  
de los duendes del Grijalva.

Se siente como el vacío  
de una gran desesperanza;  
papeletas amarillas  
y con almidón pegadas  
el vómito prieto anuncian  
sobre las puertas cerradas.

Noticias de boca en boca,  
tienen la gente aterrada.  
Murieron tres dependientes  
de la casa Berreteaga,  
cuatro de la de Romano  
y dos de la de Posada.

Y sólo de cuando en vez,  
por las calles solitarias,  
puede verse el guardapolvo,  
todo remiendos y manchas,  
que el obispo de Tabasco  
usa a modo de sotana.

La desgarrada figura  
camina sobre sus zancas,  
empujada por el viento  
de la caridad cristiana.  
¡Único viento que cruza  
la ciudad envenenada!

Don Leonardo Castellanos,  
ladrón de cosa sagrada,  
ha robado las limosnas,  
ha robado las alhajas  
de las miserables iglesias  
a su cariño confiadas.

Y las lleva ocultamente  
en la sotana enrollada,  
pues las Leyes de Reforma  
le impiden soltar la falda,  
para darlas a los pobres  
que el Señor le deparaba.

La inquietud de su conciencia  
en las esquinas lo para;  
inquieta, disimulando,  
si alguien le sigue la traza;  
y ya tranquilo se arrima  
a las casas infectadas.

Acercándose a las puertas,  
suplica o soborna al guardia,  
y si no puede lograrlo,  
la pared trasera escala,  
que no es en balde ladrón  
¡y sabe forzar la entrada!

En pobre catre de lona  
respiración fatigada,  
le indica donde el enfermo  
el supremo trance pasa.  
Una queja lastimera  
parece darle las gracias.

El buen obispo se sienta  
en el borde de la cama  
y robándole a Jesús  
el amor de sus palabras,  
lo va dejando caer,  
como chorro de agua clara.

No mienta la Religión,  
es, la gente, hereje y brava;  
pero dice cosas dulces,  
como el jugo de la caña,  
que dejan al pecador  
en un estado de gracia.

Y cuando cierra los ojos  
y para siempre descansa,  
recibe la absolución  
de las manos descarnadas  
que dejan para el entierro  
la limosna y las alhajas.

Y otra vez roba reliquias  
y oro de misas cantadas  
y se lanza por las calles,  
a sobornar otro guardia,  
y a socorrer otra pena  
con las monedas hurtadas.

Pero una noche, la Peste,  
prevenida, lo aguardaba;  
¡quizá sin mala intención!  
¡quizá porque ya lo amaba!  
y de la oveja pasó  
al pastor que la cuidaba.

Y moribundo a su vez,  
solito se platicaba  
y lentamente se fue,  
camino de la Esperanza,  
con la sonrisa en los labios  
y con la miel en el alma.

### III

Y más allá del azul,  
acciones buenas y malas,  
los platillos compensaron;  
mas un ángel hizo trampa,  
en el platillo del Cielo  
puso las cosas robadas.

Hubo de abrirle la puerta;  
el de Asís le dio posada  
y al otro día lo lleva  
donde Cristo lo esperaba.  
Al verlo, Nuestro Señor,  
de este modo lo regaña:

—“¡Ay Leonardo Castellanos,  
ni yo te quito las mañas!  
Apenas llegado al Cielo  
robas sus llaves de plata,  
por poco inundas Tabasco,  
abriendo las cataratas.”—

Leonardo bajó los ojos,  
confundido por su falta;  
y al hacerlo, vio llover  
desde el mar a la montaña,  
y la Canícula huyendo  
con su escolta de desgracias.

Y la ciudad parecía  
una novia enamorada;  
hasta los sauces llorones  
reían junto al Grijalva.  
¡Y tú gozabas tu culpa,  
Ladrón de Cosa Sagrada!



## ROMANCE DE JOAQUÍN GONZÁLEZ BALBOA

**J**OAQUÍN GONZÁLEZ BALBOA,  
fijodalgo de la Sierra;  
dos cuarteles de Gurrias  
con fuero a plumas y a espuelas  
y otros dos que le donaron  
los apellidos que lleva.

Nació en el valle del Teapa  
en casona solariega,  
con muralla de naranjos  
y penachos de palmeras  
siempre meciéndose al sol  
y a la luz de las estrellas.

Tuvo, su rostro, los rasgos  
de la varonil belleza:  
blanca frente despejada,  
la nariz de línea griega,  
barba sedosa y dorada  
bajo la boca resuelta.

Sus ojos eran azules  
y blonda su cabellera;  
sin ostentarse, los bíceps  
le denunciaban la fuerza  
y el dúctil cuerpo tenía  
agilidad de pantera.

Jinete desde la infancia,  
prefirió siempre las yeguas,  
quizá por más quisquillosas  
o más dóciles de rienda  
o por encelar los potros,  
con verlo montado en ellas.

El mismo las ensillaba  
con mantillones de seda  
y con la silla plateada  
de la manzana a la teja,  
colgando a un lado la espada  
y en el otro la vihuela.

Jugaba siempre la sota:  
la de bastos por trigueña,  
por alegre, la de copas,  
la de espadas por violenta  
y dio a la de oros, por rubia,  
la mejor de sus haciendas.

Cortó rosas donde quiso,  
rosas blancas y bermejas;  
bebió de todos los vinos,  
comió de todas las mesas,  
y se jugaba la vida  
como si suya no fuera.

Muchas veces encontró  
en vez de amores, peleas,  
mas la suerte lo sacaba  
con una herida ligera  
y sonaba tras la riña  
su guitarra traicionera.

—“El día que me dijiste  
a qué negar que te quiero  
se te poblaron los ojos  
con millares de luceros  
equivocados de noche,  
equivocados de cielo.

Y el día que me dejaste,  
los millares de luceros,  
de tus ojos se escaparon  
y en mi pecho se metieron,  
equivocados de noche  
y equivocados de cielo.

Y hoy camino por el mundo  
llena el alma de luceros;  
luceros que equivocaron  
la negrura de mi duelo,  
con la noche de tus ojos  
y con la noche del cielo.”—

Así cantaba el don Juan  
a casadas y doncellas  
y no pasaba ni un día  
sin jugar vida y riqueza.  
¡Nadie le pudo asentar  
los sesos en la cabeza!

II

A la política entró  
por seguir la parentela  
o por lo que ella tenía  
de mujer y de veleta.  
Atizaba Tuxtepec  
rescoldos de Carbonera.

Gobernador de Tabasco  
era don Victorio Dueñas.  
Teapa se le rebelaba  
y tuvo que someterla,  
mandando para lograrlo,  
su misma mano derecha.

Trinidad Sosa partió  
para Teapa en son de guerra.  
Era un hombre de valor  
y de sangre teapaneca.  
Del mismo palo ha de ser  
la cuña con que se aprieta.

Halló a González Balboa  
aprestado a la defensa.  
Una mañana se vieron;  
eran amigos de juerga;  
pero esta vez no hubo copas  
y se vino la tragedia.

Trinidad Sosa montaba  
en su caballo de brega.  
Iba González Balboa,  
como siempre, sobre yegua;  
yegua que al primer disparo  
cayó de espaldas en tierra.

Quedó Joaquín en el suelo,  
aprisionada la pierna,  
pero hace fuego a su vez;  
Trinidad se bambalea,  
para rodar del caballo  
con un tiro entre las cejas.

El matador escapó  
galopando muchas leguas;  
en un rancho ganó asilo  
y sedujo a una morena.  
Joaquín González Balboa  
no puede dormir sin hembra.

III

Cuando a México llegó  
al resplandor de su estrella,  
Porfirio Díaz ganara  
lo que Lerdo se perdiera,  
y fue jefe de rurales  
por Tecoaac y sus influencias.

Y en magníficos desfiles,  
otra vez, montando yeguas  
blanco fue de las miradas  
de casadas y doncellas.  
Su barba maximiliana  
era de oro y de seda.

Y linajuda señora,  
no menos rica que bella,  
le otorgaba los encantos  
de sus visitas secretas.  
Lo buscaron los rivales  
y tuvo un duelo por ella.

Para burlar el castigo  
volvió de nuevo a su tierra,  
mas por causa de otro amor  
y otra riña callejera,  
pasó a Chiapas a vivir  
a favor de la frontera.

Pero surge la mujer,  
otra vez en su existencia.  
Logró amores en casada  
al fulgor de luna llena,  
Joaquín González Balboa  
no puede dormir sin hembra.

Y noche a noche la vida  
por sus amores se juega.  
Cruza silente laguna  
en un cayuco de ceiba  
y cata el fruto prohibido  
sobre la tibia ribera.

Pero el marido lo supo  
y vengar quiso la ofensa,  
con sus parciales prepara  
la celada traicionera  
y apenas salta a la orilla,  
una descarga lo acuesta.

Malamente herido está  
y sin embargo pelea.  
Los fogonazos indican  
a su pistola certera  
donde se halla el enemigo  
que le tira en la tieniebla.

Lamentos y maldiciones  
le van diciendo que acierta;  
mas de pronto, los disparos,  
el eco sólo contesta.  
Se le acabaron los tiros  
y la vida aventurera.

Y allí quedó su càdáver,  
medio cuerpo en la maleza,  
medio cuerpo en la laguna  
que con sus aguas lo besa.  
Joaquín González Balboa  
no puede dormir sin hembra.

IV

El alma del fijodalgo,  
al decir de la conseja,  
voló a Teapa y, por las noches,  
va galopando en la yegua  
que mató Trinidad Sosa  
sirviendo a Victorio Dueñas.

Y se cuenta que al pasar  
del jinete la silueta,  
en las talladas de naipes  
están las sotas en puerta  
y hay relinchos de potrancas  
y suspiros de doncellas.

V

Joaquín González Balboa,  
correrás llanos y cuevas  
sin que valga en tu favor  
tu fuero a plumas y espuelas,  
hasta que Dios te perdone  
o se te canse la yegua.

Cabalgará tu fantasma  
hasta cumplir su condena,  
entre los oros del cielo  
y los bastos de la Sierra,  
las espadas de las pitas  
y las copas de las ceibas.

Que no valen aventuras  
para probar la nobleza.  
Es preciso realizar,  
si no grandes, cosas buenas,  
y no dejaste ninguna  
que tu memoria defienda.

Buscaste amor y lo hallaste  
pero en las casas ajenas  
y por no fincar la tuya,  
la cubriste de vergüenza.  
No pudiste dar tu nombre  
a los hijos de tu cepa.

Tus mayores te legaron  
el honor y la riqueza  
que ganaron con virtudes  
y conquistando la selva.  
Ni acrecentaste el primero  
ni conservaste su hacienda.

El honor no se mantiene  
con sembrar duelos y afrentas.  
Arrancárselo a los otros,  
es señal que no se aprecia;  
porque no es de honor ajeno,  
como el propio se alimenta.

Vida estéril; más culpable  
por lo grande de su fuerza.  
Fugaz estrella que alumbra  
el instante en que se incendia  
y no deja ni una luz  
en el cielo ni en la tierra.

## ROMANCE DE LOS FICACHE

**G**ARCÍA JUNCO PINTÓ,  
porque pintó al referirlo,  
este suceso que yo  
en romance rudo rimo.  
Le dio la lluvia el color  
y el grave de su sonido.

En las tazas, el café  
era más negro y más frío,  
José Brown, Manlio Fuentes,  
escuchaban conmovidos  
y en tanto Arcadio Zentella  
lloraba como un chiquillo.

Si el arte del narrador  
en mis versos no consigo,  
salvo al menos el suceso  
de que caiga en el olvido  
y disgusto al artista,  
que me perdone el amigo.

### I

El que no quiera sufrir  
que no lea mi relato,  
porque nos hace llorar  
lo que se escribe con llanto.

Pero el que siendo piadoso  
con los dolores humanos,  
a través de mis recuerdos  
les quiera tender la mano.

Encontrará en estos versos  
la belleza de lo trágico,  
no sin pagar el tributo  
del acíbar más amargo.

A los héroes del dolor  
va mi cantar dedicado;  
les llevo con mis estrofas  
el corazón de un hermano.

Los hechos que sin aliño  
ocupan mi comentario,  
sucedieron en un pueblo  
del estado de Tabasco.

## II

Las tropas de Sosa Torres  
caminan en son de guerra  
peleando por la Chontalpa  
contra el gobierno de Huerta.

A caballo van los más,  
terciada la cartuchera,  
el máuser en el arzón;  
algunos con escopetas.

Otros sólo con machetes  
constituyen la reserva,  
en espera de las armas  
del que primero se muera.

Tal vez llegan a seiscientos  
con voluntarios y leva.  
Brava gente de Otrabanda,  
de Reforma y de la Sierra.

Por donde quiera que pasan  
su rastro de sangre dejan.  
Están peleando los ranchos  
en contra de las haciendas.

Vadearon el Mexcalapa,  
aprovechando la seca,  
y en entraron a Huimanguillo  
sobre la verde ribera.

Se fueron los federales,  
temiéndole a la pelea.  
Hostilidad en los hombres;  
hostilidad en la tierra.

Soldados del interior,  
el paludismo los merma;  
el sol, las aguas y el mosco  
los matan o los enferman.

Entró al pueblo Sosa Torres,  
alazana era su yegua;  
halló gentes en la calle,  
pero cerradas las puertas.

Tras ellas hasta el calor  
del medio día se hielas;  
espanto, resignación,  
ante la muerte que llega.

Las familias que no huyeron,  
a piedra y canto, se encierran  
y en un ambiente de tumba  
esperan lo que Dios quiera.

Y a través de las rendijas  
malas noticias se cuelan:  
—Ya mataron a fulano;  
casa zutano, saquean.

Pavor en los corazones,  
miedo en el alma y las venas,  
miradas llenas de angustia,  
labios que gimen y rezan.

### III

No se sabe mesmamente,  
donde a Ficache prendieron;  
si en el barrio del Palmar  
o en las afueras del pueblo.

Pero amarrado lo traen  
de la calle por enmedio,  
las manos en las espaldas  
y una lía en el pescuezo.

Hasta la gente enemiga  
lo ve pasar en silencio,  
se lo llevan a Otrabanda  
para fusilarlo, luego.

Ya se divisa la casa,  
la casa misma del preso,  
Ficache se acerca al jefe  
y le dice lastimero:

—Por todo lo que más quiera  
mi Teniente, yo le ruego  
que desamarren mis manos  
cuando mi casa pasemos.

Si tiene padre y esposa  
y una niña como pienso,  
considere que lo ven  
caminando al cementario—.

El teniente lo miró  
con el semblante severo,  
iba a decirle que no;  
pero venció el sentimiento.

—Si usted me da su palabra  
de cumplido caballero,  
de no pretender huir  
y seguirme al campamento,  
suceda lo que suceda,  
el favor se lo concedo.

—Teniente, le doy mi palabra  
de cumplido caballero  
de no pretender huir  
y seguirle al campamento,  
suceda lo que suceda,  
por mi honor me comprometo.

Yo sólo quiero que piensen  
que voy libre y de paseo  
lo que me queda de vida  
será para agradecerlo—.

Desamarran a Ficache;  
la escolta quedó a lo lejos,  
y del brazo del Teniente  
finge que va satisfecho.

En la puerta de su hogar  
lo mira Ficache el viejo,  
también lo mira su esposa  
y una niña o un lucero.

El se para a despedirse  
y les habla tan risueño,  
que la esposa se sonríe  
y pierde el padre su ceño.

—Voy a darle con mi amigo  
un vuelta al campamento  
por si veo a Sosa Torres,  
un antiguo compañero.

Si no volviera esta noche,  
mañana estoy de regreso;  
y no te inquietes, mi Chata,  
que no voy de parrandero—.

Se despidió de su padre  
con cariño y con respeto;  
a su esposa idolatrada  
oprimió contra su pecho  
y en la boca le dejó  
el último de sus besos.

Alzó del suelo a la niña  
y la mimó zalamero;  
se le enredaban las manos  
en el oro de su pelo.

Y la presentó al Teniente:  
—Aquí tiene a mi lucero—.  
Este quiso acariciarla;  
se le crispaban los dedos.

—Adiós, adiós—. Y Ficache,  
disimulando el esfuerzo,  
se alejó con el Teniente,  
el paso firme y resuelto.

—¡Papacito, papacito!  
no te tardes mucho tiempo  
y me traes la muñeca  
que anoche me prometieron.

Mañana sábado cumplo,  
no dejes de venir luego;  
me la dejas en la cama  
si ya estuviera durmiendo—.

Ni gritando aquella voz  
perdió el dulce de su acento;  
Ficache volvió la cara  
y dijo sí con el gesto.

Siguió camino adelante.  
Quien lo miró tan sereno,  
jamás le creyó al Teniente  
que el infeliz prisionero,  
murmuraba en su aflicción:  
¡Padre nuestro! ¡Padre nuestro!

En un cayuco lo llevan  
y ante el mudo sufrimiento,  
el río ¡cómo gemía!  
¡cómo lloraban los remos!

IV

Acampaba Sosa Torres  
en la otra vega del río  
y tenían a Ficache  
debajo de un tamarindo.

Dizque estaba encapillado;  
la milicia tiene ritos,  
cuatro soldados parecen  
a su lado, cuatro cirios.

El teniente lo entregó,  
el buen Teniente Castillo,  
no pudo hacer otra cosa;  
cumplía su cometido.

Pero una vez que entregó  
al infeliz detenido,  
se fue a tomar habanero  
hasta perder el sentido.

—Hay que vengar a Madero.  
Hay que acabar con los ricos—.  
Y a Ficache condenaron  
sólo por esos motivos.

Sin que valiera en favor  
que Ficache no era rico;  
que ni conoció a Madero  
ni estuvo con su asesino.

La copa de hojas menudas  
y tiernas del tamarindo  
filtraba la luz, y el aire  
pintaba de verde nilo.  
Ficache se transparenta  
en una cárcel de vidrio.

Ni ve, ni siente, ni piensa,  
se dijera un muerto vivo;  
pero una oscura obsesión,  
algo sutil e impreciso  
se le va hundiendo en la mente  
como a golpes de martillo.

Que lo matarán mañana  
tres veces han repetido;  
más no parece que el pobre  
entienda lo que le han dicho;  
él sólo siente que un clavo  
le hundieran con el martillo.

Un algo tierno y penoso,  
un algo no definido,  
que se parece a una queja,  
a triste y callado grito  
se le va hundiendo en el alma  
como a golpes de martillo.

Pero el que siga leyendo  
este triste sucedido,  
sabr  de la dulce queja,  
sabr  del callado grito  
y del clavo que se hundía  
como a golpes de martillo.

De repente, se estremece  
al escuchar leve ruido.  
Ve un animal a su lado  
y por impulso instintivo,  
salta y se encuentra montado  
en un caballo tordillo.

Carrera loca lo lleva  
como sobre un torbellino;  
no sabe si va en un potro  
o en las alas del delirio.

Y aquel enjambre de avispas  
que zumbaba en sus o os  
se fue quedando detrás  
con maldiciones y tiros.

Galopaba y galopaba  
por el desierto camino;  
cuando la noche llegó  
estaba cruzando el río.

La bestia, nada y resopla;  
él va de la crin asido.  
Por fortuna ni un lagarto,  
avisado por el ruido,  
con elegantes colazos  
a flor de agua le ha seguido.

Alcanzan la ansiada orilla,  
por el barranco han subido  
y al perderse en la tiniebla  
de la fronda de un plantío,  
se vio brillar la blancura  
de la grupa del tordillo.

En tanto en el campamento,  
por castigar el descuido,  
guindaron cuatro soldados  
en el verde tamarindo.

v

Ya supo el padre, del hijo,  
la valerosa mentira;  
ya supo que en la mañana  
del sábado lo fusilan.

Tocó temblando las puetas  
de Sosa Torres amigas;  
cuando al dueño no negaron  
ni siquiera las abrían.

Ir a Otrabanda resuelve  
a donde a su hijo tenían  
y rogarle a Sosa Torres  
así fuera de rodillas.

Y se fue para el barranco.  
¡Qué ingrata la perspectiva!  
No hay un cayuco en el río;  
no hay un cayuco en la orilla.

Después de mucho esperar  
surge a la luz mortecina,  
una canoa de cedro  
que al embarcadero arrima.

Don Francisco Gómez llega  
suavemente a la deriva;  
Ficache el viejo le dice  
lleno de angustia infinita:

—Don Chico, yo le suplico  
por nuestra Virgen Santísima  
que me lleve a la Otrabanda  
porque a mi hijo me fusilan—.

Don Chico bien lo escuchaba:  
pero ni verlo quería;  
no porque tuviera miedo  
que era de gran valentía,  
sino por la mala nueva  
que para el viejo traía.

Se rascaba la cabeza,  
se peinaba la barBILLA,  
escupía sobre el agua  
que en la sombra discurría.

—Pronto, don Pancho, favor,  
por su madre bendecida,  
mire nomás que un minuto  
puede costar una vida—.

—Don Martín, usted lo sabe,  
nada negarle podría;  
pero como no hay remedio,  
le voy a dar la noticia:  
¡Le mataron al muchacho  
cuando fugarse quería!

Yo escuché la balacera  
y apresuré la salida;  
pero Chinto, el del Rosario,  
vino corriendo a la orilla  
y me grito que el suceso  
le avisara a la familia.

Y dijo que han de venir  
por la noche caída,  
a buscar a su mercé  
que a usted también lo fusilan.

Escóndase, Don Martín,  
ya de nadie se despida,  
que cualquier tiempo que pierde  
jure que no lo desquita—.

Don Martín se dio la vuelta  
preso de pena y de ira.  
También ajuma el dolor;  
como borracho camina.

Y mientras va tropezando  
una idea se le fija;  
ya se imaginan cuál era,  
el talión: vida por vida.

Nada platica a la nuera  
ni besa a la nietecita;  
pero carga hasta la boca  
la escopeta que tenía.

Y se derrumbó en el catre;  
la cabeza le bullía;  
entre las canosas barbas  
las lágrimas escurrían.

Le ganó el sueño los ojos  
rendidos por la fatiga.  
Lo despierta en la alta noche  
llanto que no le salía.

En la profunda escurana  
donde el silencio gravita  
meditaba y meditaba  
lo que mejor convenía.

En esto lo inquieta un ruido  
y la sangre se le enfría;  
si lo cogen, no hay venganza.  
¡La muerte, no la temía!

Toma el arma, y la ventana  
que al patio trasero mira,  
abre con mucho cuidado;  
la noche es húmeda y tibia.

Y otra vez el mismo ruido;  
es la cerca que rechina.  
Distingue un bulto que salta,  
y la escopeta le enfila.

Levanta el negro gatillo.  
Le pide a Dios puntería,  
dispara, truena la noche,  
y el culatazo lo tira.

Devuelve el eco el disparo,  
hasta dos veces seguidas  
y el ladrido de los perros  
en todo el pueblo latía.

Entró la nuera asustada,  
llevando en brazos la niña;  
el viejo estaba escuchando;  
siguió la noche tranquila.

Cierra el viejo la ventana;  
acaso se engañaría  
y a poco duermen los tres,  
la niña se sonreía.

VI

Amanece, ya la noche  
con las últimas estrellas,  
ante la luz de la aurora,  
su negro manto repliega.

¿Quién se desgarró? ¿Qué grito  
al débil viejo despierta?  
¿Cuyos son esos clamores?  
¿Quién quiere romper la puerta?

A Ficache han encontrado  
doblado sobre la cerca;  
en la mano engarrotada  
tiene una pobre muñeca.

Una muñeca de trapo  
que trajo para su nena  
y que de rojo vistió  
con la sangre de sus venas.

Muñeca humilde de rancho  
que con puntadas de hilera  
le dibujaron la boca,  
narices, ojos y cejas,  
y con pelo de maíz  
le figuraron las trenzas.

Ficache tiene en el rostro  
una dolorosa mueca.  
Cumplió con traer el sábado  
la prometida muñeca.

Su pecho está destrozado  
por catorce garbanceras;  
tiene en la frente una posta;  
aunque quien sabe si fuera  
la cabeza de aquel clavo  
que a martillazos le hundieran.

## VII

Sosa Torres supo el caso;  
ni lo comentó siquiera;  
pero el Teniente Castillo,  
el que a Ficache prendiera,  
montó en su yegua dorada  
y arrendó para la Sierra.

Llegó a un rancho que tenía  
con limonarias de cerca;  
su hija salió a recibirlo;  
entre sus brazos la estrecha  
y la besó de tal modo  
y lloró de tal manera  
que le cubrió de rocío  
la negrura de las trenzas.

VIII

Ficache, el Viejo, perdura:  
alma triste y solitaria,  
no se da cuenta si vive  
ni pronuncia una palabra.

Pena que no tiene nombre  
lo mina como una llaga,  
ni de noche ni de día  
los tristes ojos, cerraba.

¿Por qué, si tanto sufría,  
la libertad no buscaba?  
No se puede suicidar.  
¡Los viejos nunca se matan!

García Junco calló  
y el trágico sucedido  
quedo suspenso en la estancia  
en el silencio cautivo.  
Le dio la lluvia el color  
y el grave de su sonido.

Cigarros abandonados  
elevan azules hilos  
que van formando en el aire  
cumplidos jeroglíficos.

Arcadio Zentella llora  
como si fuera un chiquillo,  
y yo me apropio el relato  
que en romance rudo rimo,  
y si disgusto al artista  
que me perdone el amigo.

## ROMANCE DE AMANECER

**E**N LA TORRE DEL PALACIO,  
una esfera iluminada  
semeja un ojo redondo  
con recortadas pestañas,  
hechas de letras latinas  
y de puntos y de rayas.

Marcan las negras agujas  
las cuatro de la mañana.  
Crujido de fierro viejo,  
tracción de la maquinaria,  
y en el silencio resuenan  
cuatro toques de campana.

Cuatro sortijas de bronce,  
cuatro sortijas que cantan;  
desprendidas en redondo  
del campanil en que arrancan,  
entre la espesa neblina  
los horizontes alcanzan.

Monto en la sombra de un potro  
en el portal de mi casa,  
tengo la rauda impresión  
de que subo en un fantasma  
y en la niebla me dirijo  
hacia los rumbos de Atasta.

Allá se enciende una luz.  
Un lejano gallo canta.  
Las lamparitas del cielo  
invisible soplo apagan.  
En el lívido horizonte,  
paso a paso llega el alba.

Al salir el sol, me halló  
en un vado del Grijalva,  
tiró mi sombra al pasar  
en la corriente del agua  
y seguí tras de su luz,  
pues mi camino llevaba.

La manzana de mi silla  
lleva cintillo de plata;  
fijé en el centro el retrato  
de una novia que dejaba.  
¡Qué mucho que una canción  
no acudiera a mi garganta!

—Si la distancia y el tiempo  
se borrarán con mis lágrimas,  
ha mucho tiempo estaría  
arrodillado a tus plantas.

Y en el cuenco de tus manos,  
dos pilitas de agua santa,  
mis besos se beberían  
el milagro de tu gracia—.

El camino se tendía  
entre campos de esmeralda;  
en las subidas subía,  
en las bajadas bajaba.  
Donde pasaba mi novia,  
regaban flores las ramas.

En el ojo del recuerdo,  
con mil penas por pestañas,  
marcan las negras agujas  
las cuatro de la mañana  
y en el silencio retumban  
cuatro toques de campana.

Cuatro sortijas de bronce  
que en el aire se dilatan.  
Subo en la sombra de un potro;  
monto no más un fantasma.  
Novia y camino se funden  
en imposible esperanza.



## ROMANCE DE LOS AMIGOS

### I

**D**E TEAPA, DONDE SE GANAN  
las rosas y los laureles,  
a San Juan de Villahermosa  
vino Manuel Tellaéche.

Quijote por la figura  
y Quijote en proceder,  
lo vio Quijote la vida,  
lo halló Quijote la muerte.

Pero al Manchego ganaba,  
en tener clara la mente;  
en la ternura del alma  
y en ser adusto y alegre.

Señorío natural,  
cortesía sin dobleces,  
humilde, con el humilde,  
valiente, con el valiente.

Conversador sin rival,  
hizo pensar al oyente  
en que la gracia razona  
y que lo serio, divierte.

La bondad lo acompañaba  
a donde quiera que fuese.  
Se adelantaba al pedido  
por no mirar que pidiesen.

Serenidad de la llama,  
que sin esfuerzo aparente,  
ilumina en derredor  
haciendo luz, el aceite.

¡Quién lo viera por las calles  
ir saludando la gente,  
en su caballo tordillo,  
orgullosa del jinete!

Aunque se fue de este mundo,  
mi romance lo retiene  
como retienen los ojos  
e! resplandor que se pierde.

## II

De mujer que amó las rimas  
y hombre que amó las batallas,  
en el solar tabasqueño,  
nació César Villasana.

La reciedumbre en lo fino,  
mente precisa y galana,  
el corazón del valiente  
y musical su palabra.

Pobre, debió trabajar;  
y su labor ignorada,  
produjo el pan de los suyos  
y el remanso de su casa.

Cumplió deber silencioso  
sin soberbia y sin rebaja.  
Nunca un orgullo mayor  
domeñó grandeza tanta.

En siglo de mercaderes,  
para no manchar el alma,  
la metió dentro de sí  
como una espada en su vaina.

Si en otro tiempo naciera,  
en luz del sol la dorara  
o aventura en plenilunio  
se la tornara de plata.

Un marqués madrigalero  
fuera en la corte de Francia  
y un capitán trovador  
mandando un tercio de España.

Poeta de selección,  
para su gusto cantaba.  
Ruisenior que suelta el trino  
y tras él, suelta las alas.

Con señuelo de heroísmo,  
la vida, el mar, le robara  
para tener más rumores  
y más espuma en sus aguas.

**ROMANCE DE  
LA VARITA DE VIRTUD**

**E**N LA FINCA DEL ROSARIO,  
no muy lejos de la Sierra  
y menos lejos del río  
que fertiliza sus tierras,  
viven cinco huerfanitas  
y yo canto a la tercera.

Se llama Julia Dolores:  
inocencia de inocencias,  
serafín de serafines,  
azucena de azucenas;  
una canción infantil  
injertada en una pena.

La niña fuera de nieve  
sin el tinte de las cejas.  
sin sus labios de clavel,  
sin sus ojos de turquesa,  
y sin aquella cascada  
de oro rubio en la cabeza.

De tanto ver lejanías,  
en el corazón las lleva:  
nubes y sol en añil  
y grabado en luna llena,  
hombre que tira de un perro  
amarrado a su cadena.

Crepúsculos de amaranto  
en que los aires se queman  
y por la noche cerrada  
la luz divina se cuele  
por los hoyitos del cielo  
que algunos llaman estrellas.

A veces, los angelitos,  
a prender fósforos juegan.  
Brilla la flama; el regaño,  
de Nuestro Señor resuena.  
Ellos lloran y la lluvia  
los floridos campos riega.

Y otras mil figuraciones  
su pobre vida, consuelan;  
vida que joven madrastra  
colma de angustias y bregas  
que marchitan los botones  
de sus nueve primaveras.

Viejo libraco de cuentos  
sus esperanzas desvela  
y varitas de virtud  
le prometen lo que sueña  
y a las hadas buenas pide  
que le den una siquiera.

En donde quiera recoge  
varitas verdes y secas  
para ver si le resulta,  
de virtud, alguna de ellas;  
y escondida en los rincones,  
les dice de esta manera:

—Por la virtud que tú tienes  
y por la que Dios te diera,  
yo te suplico, varita,  
que a mi madre me devuelvas  
y que nos des un castillo  
donde viva como reina—.

Pero varita ninguna,  
a su invocación contesta;  
ni hace brotar el milagro  
de la ternura materna,  
ni en un castillo convierte  
la casona de la hacienda.

Y la pobre mujercita  
las ve con tanta tristeza,  
que las varas le darían  
si alguna magia tuvieran,  
la madre resucitada,  
el castillo y la realeza.

La riñen, porque varitas  
en la casa olvida y deja  
y la obligan a barrer  
cuando acaba sus faenas;  
pero ella sigue buscando  
entre las tongas de leña.

Una tarde entre las tardes,  
una tarde tabasqueña,  
sus grandes ojos azules  
iluminó la sorpresa:  
una varita sin par  
relumbraba en la maleza.

Azorada, la recoge;  
está incrustada de perlas,  
de esmeraldas y zafiros,  
de diamantes y turquesas,  
de topacios y rubíes,  
y demás preciosas gemas.

Y la esconde en su corpiño;  
el corazón la golpea;  
la varita de virtud  
ha llegado a su miseria.  
¡Benditos Dios y la Virgen!  
¡Benditas las hadas buenas!

Y la niña se transforma  
para todo el que la observa.  
Es la primera en la finca  
para rendir la tarea.  
Ya no ensucia con varitas  
la casona de la hacienda.

Sus mejillas son de rosa  
y su mirada traviesa.  
Con todo el mundo sonríe;  
con todo el mundo conversa.  
¡Mariposa que rompió  
el capullo de su celda!

Nada pide a su varita,  
se complace con tenerla;  
sin pensarlo, tiene miedo,  
tiene miedo a su experiencia  
¡y no pidiendo el encanto,  
el encanto se conserva!

Pero un día, por desgracia  
ninguna dicha es eterna,  
la varita de virtud  
fue, por azar, descubierta  
en el fondo de un baúl,  
con una vieja muñeca.

La madrastra recordó  
que un mercillero perdiera  
un luciente agujetero,  
a su paso por la hacienda.  
Agujetero de lata  
cubierto de falsas piedras.

Y trataron a la niña  
de malvada y ladronzuela.  
Le pegaron ante todos;  
publicaron su vergüenza;  
le encerraron en un cuarto,  
por hipócrita y perversa.

En vano se levantó,  
su orgullo contra la ofensa.  
En vano quiso explicar,  
le negaron la defensa.  
En vano fueron sus gritos  
de terror al verse presa.

¡Ay varita de virtud,  
viendo llorar esa nena,  
salir debiste del cuento;  
pues no lloró su condena,  
sino perder para siempre  
la ilusión de tu quimera!

## ROMANCE DE UN LOCO

**D**E LA CÁRCEL DE SAN JUAN,  
dolor que mira la Plaza,  
llevaron al hospital,  
el solar de la desgracia,  
un loco manso que un día  
mató a un bravo de Otrabanda.

Explicaba su delito  
y la pena que purgaba,  
ingenuamente contando  
una historia, tan extraña,  
que las gentes atribuían  
a su razón perturbada.

No así don Chano Carrillo  
ni el Dr. Francisco Viana,  
tampoco Quico Quevedo,  
espiritistas de fama.  
Yo se las voy a contar  
como el loco la contaba.

—Oí mi nombre. La tarde  
era una media granada  
con el centro desprendido  
por un corte de cuchara,  
siendo, por obra del jugo,  
un vacío que sangraba.

Y otra vez lo pronunciaron  
claramente en la distancia.  
A las guaridas del viento  
volví, con ansia, la cara,  
y miré sólo un lucero;  
un grano de la granada.

Y por la tercera vez  
oí la dulce llamada  
que en el tiempo perduró  
como el son de una campana  
que tañera en el espacio  
que llevamos en el alma.

Y la voz reconocí  
y el dulzor de la palabra.  
Abrí los brazos en cruz  
en espera del fantasma  
y el amor inconsolable  
fue sollozo en mi garganta.

¡Aquí estoy!, gritó mi vida,  
y en el verdor de la grama  
vi dobllegarse la yerba  
bajo invisibles pisadas  
y sentí sobre la boca,  
una boca perfumada.

Y en el momento preciso  
en que mis brazos cerraba,  
enloquecido sentí  
punzante golpe de daga;  
caí de bruces al suelo  
y ya no supe de nada.

La media noche, sería,  
cuando a la vida tornara.  
El cielo, pleno de estrellas,  
era una media granada  
que en el calor del estío  
grano a grano maduraba.

Poco a poco comprendí:  
—la muerta pide venganza—.  
Monté a caballo, y la busca  
no fue penosa ni larga  
me encontré con su asesino.  
Lo acuchillé por la espalda.

Una noche me prendieron,  
confesé cómo matara.  
A veinte años de prisión  
dijo el juez me condenaba  
por crimen premeditado,  
alevosía y ventaja.

Pero si me dieran libre,  
a mi cárcel regresara.  
Todas las noches escucho  
la misteriosa llamada  
y siento sobre mi boca,  
una boca perfumada.

Y abrazo, loco de amor,  
el dulcísimo fantasma.  
Es abrazar un aroma,  
la nota de una sonata,  
el resplandor de una estrella,  
el sabor de una granada—.

**ROMANCE DEL  
SEÑOR DE LA BUENA SUERTE**

I

**C**ORSARIOS DE LA TORTUGA  
y bucaneros de Haití,  
bajo la negra bandera  
de pirata Lorencín  
van en busca de Campeche  
sobre las aguas de añil.

Corbetas de Nueva España,  
alargando su perfil,  
bajo la hispana bandera  
de topacio y de rubí,  
caza le dan al pirata  
sobre las aguas de añil.

Las corbetas ven la presa  
y el pirata ve su fin.  
Un valor de gavilanes  
tras el vuelo de un neblí  
que va regando plumones  
sobre las aguas de añil.

Tronar de cielos lejanos,  
silbidos de proyectil,  
relámpagos que se pierden  
en la tarde de zafir  
y la muerte que planea  
sobre las aguas de añil.

Mala suerte del pirata,  
a Nueva España, feliz;  
le troncharon la mesana  
y es la vela de marfil,  
ala rota de gaviota  
sobre las aguas de añil.

Cuando la noche surgió,  
del tenebroso confín,  
abandonado moría  
el valeroso neblí  
y gavilanes volaban  
sobre las aguas de añil.

II

El cielo es todo negruras  
y negruras toda el agua;  
un hombre flota cogido  
a la suerte de una tabla  
que a los tumbos de las olas  
en la sombra sube y baja.

Y aquel mundo de tinieblas  
se apodera del pirata;  
y el que gozó con las riñas,  
abordajes y batallas,  
siente pavor y en el miedo,  
por segunda vez naufraga.

El alma quiere cogerse,  
como su cuerpo, a una tabla  
y hurga un apoyo, una fe,  
entre su vida pasada;  
hay demasiada tiniebla  
para su pobre mirada.

Sólo ve robo y pillaje;  
sólo ve sangre y matanza,  
los santuarios profanados  
y al resplandor de las llamas,  
el asalto y el saqueo  
de los galeones de España.

El espanto lo deprime;  
ya la tabla se le escapa,  
cuando en el agua en que flota  
ve cuatro estrellas que nadan:  
la Cruz del Sur que proyecta  
sus cuatro clavos de plata.

Y a sus labios acudió  
fervorosa la plegaria:  
—Perdón Señor a mis culpas,  
si tus bondades me salvan,  
el más grande de los cristos  
te hará este pobre pirata—.

Y en el acto que esto dijo,  
oyó rumor de resaca;  
sintió correr juguetona  
arena bajo sus plantas  
y la luz del sol lo vio  
dormido sobre la playa.

III

Siguió la vega de un río,  
río de verde raudal,  
y treinta leguas arriba,  
halló un pueblo colonial  
con muchas casas de caña  
y tierras de pan-llevar.

Mas no vayamos tan pronto,  
porque en mi tierra natal  
no se puede dar un paso  
sin quedársela a mirar.  
La tierra de mis amores,  
es un regalo del mar.

Mirad aquellas palmeras,  
palmeras de sangre real;  
elevando sus penachos  
sobre el verde matorral  
para mecerse en la brisa  
que es un regalo del mar.

Mirad aquellas sirenas  
que se bajan a bañar,  
tienen las colas hendidas  
para que puedan andar.  
Las sirenas de mi tierra  
son un regalo del mar.

Mirad aquel pueblecito:  
una flor de navidad,  
aparenta un nacimiento  
con un buey y su portal  
que viniera de Belén  
como un regalo del mar.

Aunque quisiera seguir  
el tema de mi cantar  
para llenarles el alma  
de aroma y sol tropical,  
debo volver al pirata  
que fue un regalo del mar.

Con el oro que salvó  
pudo comprar un jacal,  
dos maderos de caoba,  
un tronco de guayacán,  
útiles de carpintero,  
menesteres de pintar.

Pasaron días, semanas,  
meses y años sin parar  
y nadie vio al extranjero  
ni la casa abrirse más.  
Un día, cura y alcalde  
se quisieron informar.

Como no abrieran la puerta,  
la debieron derribar  
y vieron algo increíble:  
en el medio del jacal  
un crucifijo se alzaba  
en silencio y soledad.

El INRI, el techo tocaba;  
de oro y seda era el sandal;  
a los dos lados tenía,  
quizá para le alumbrar,  
a modo de candelabros,  
dos matas de tulipán.

¿Era el Cristo Verdadero,  
o su imagen nada más?  
De persona tiene el cuerpo,  
de persona su penar,  
y la herida que destila,  
como cuentas de coral.

Al mirar, el sacerdote  
al crucifijo sin par,  
vio la cara del corsario;  
y lo quiso delatar.  
Secreto de confesión  
selló su labio mortal.

Pensó, después, que el converso  
se quiso crucificar  
y los ángeles del cielo  
lo vinieron a clavar;  
yo me explico el sucedido  
con esta clara verdad.

Puso, el hombre, su agonía  
sobre la lívida faz;  
y asimismo, se esculpió  
porque el dolor es igual  
muerda en la entraña del bien  
o en las entrañas del mal.

En la imagen se fundieron  
la pureza y la maldad,  
pareció dios el pirata,  
y dios, pirata del mar.  
Porque, en Cristo, el hombre es Dios,  
y dios es Humanidad.

—Y dijo el cura: viniste  
a vivir nuestra humildad.  
Al extranjero quisiste  
en vida y muerte salvar,  
señor de la buena suerte,  
serás por siempre jamás.

El romance del pirata  
acaba de terminar;  
pero la historia del Cristo  
sólo llega a la mitad.  
Si el resto quieren saber  
no se lo voy a negar.

IV

Un día de bendición  
y ya la tarde caída,  
en procesión condujeron,  
el Cristo de maravilla,  
a reinar en el altar  
de la iglesia de la villa.

En las manos de los fieles  
mil candelas encendidas;  
como la noche cerraba  
las llamas eran más vivas,  
porque quemaban la sombra,  
no la cera derretida.

Y los indios por naciones,  
en nutridas romerías,  
vinieron del Yucatán  
a rendirle pleitesía  
cantando sus alabados  
y cristianas letanías.

Una flor: ¡Santa María!  
se abre en trino de jilguero.  
—Ruega por nos— le responde  
el coro de los romeros.  
¡Santa Virgen de las Vírgenes!  
dice el trino clarinero.  
—Ruega por nos— le responde  
el coro de los romeros.

¡Casa de Oro! ¡Rosa Mística!  
¡De Perfecciones Espejo!  
¡Sacro Vaso de Elección!  
¡Arca Fiel! ¡Puerta del Cielo!

Y cada vez que levanta  
un trino el místico anhelo:  
—Ruega por nos— le responde  
el coro de los romeros.

Los dulces trinos resaltan  
sobre el coro de romeros,  
como en un fondo de sombra  
el temblor de los luceros.

Montando el potro en que pude  
ser el jinete del viento,  
volviera sobre el pasado  
galopara contra el tiempo  
para trovar a la Virgen,  
en piropos lo que siento.

¡Ojo de Agua Milagrosa!  
¡Floración de los almendros!  
¡Lirio de la Serranía!  
¡Encarnación del Ensueño!

¡Laguna de Fantasía!  
¡Sinfonía del Silencio!  
¡Nota azul de mi guitarra!  
¡Sonrisa de los Misterios!

¡Anhelo de Lejanías!  
¡Violeta del Pensamiento!  
¡Lámpara de Redenciones!  
¡Alma de mirra y de Incienso!

Pero mi potro murió  
y mi voz de romancero  
no ha de trovar sus piropos  
en el coro de romeros.

V

Reina el Cristo en el altar,  
santos prodigios realiza;  
hace hablar al sordomudo  
al enfermo medicina,  
da su razón al demente,  
las llagas del alma alivia.

Hace andar a los lisiados.  
En la paz, disuelve riñas.  
Da pan al menesteroso;  
a los huérfanos, familia;  
vuelve a su hogar al ausente,  
y al nido, las golondrinas.

Su nombre espanta los tigres,  
quita el veneno a la víbora,  
amansa al fiero caimán,  
al ganado multiplica,  
los gavilanes ahuyenta,  
nutre de granos las milpas.

Pero el Cristo milagroso,  
aunque parezca mentira,  
en lugar de gratitud,  
temor a todos inspira.  
Algo terrible en sus ojos  
asusta al fiel que lo mira.

Preña el odio su mirada;  
el mal en ella fascina.  
Todo aquel que lo recuerda  
en el acto se persigna,  
no por respeto a su Dios  
sino por miedo a su inquina.

El Cristo que da salud,  
vestido, casa y comida,  
en nadie siembra el amor.  
La Virgen adolorida  
siente de octavo puñal,  
la octava y pérfida herida.

En vano hicieron llamar  
de Guatemala al santista,  
para que sabio pincel  
con la pintura más fina  
le diera al Cristo dulzor,  
retocándole la vista.

Porque nada más tocó  
aquellos ojos en ira,  
cuando la torva mirada  
como rayo, lo fulmina.  
Y nadie más se atrevió  
con la mirada asesina.

No es verdad ¡ay! que en los ojos  
se asoma el alma a la vida,  
pues el alma del pirata,  
por el dolor convertida  
borrar no pudo el rencor  
de las malvadas pupilas.

Aquí la historia de Cristo  
los narradores terminan;  
pero yo sé de otra historia.  
Si ustedes quieren que siga,  
verán que aunque diferente  
con la del Cristo se liga.

VI

Los pájaros pescadores  
que viven en las lagunas,  
ni son de la misma especie  
ni tienen igual fortuna.

Sobre la Garza Morena,  
toda elegancia y finura,  
impera la Garza Real  
con la nieve de sus plumas.

La Correa no es igual  
que el Gaytán en estatura;  
ni a la Tutupana puede  
comparársele la Viuda.

La Linda Chocolatera  
luce rosadas alburas  
ante el Pijije que lleva  
traje de cuatro costuras.

Los blancos Tuisen envidian  
a las Pespitas zancudas  
con espolón en las alas  
y que amaba Moctezuma.

Pero el pájaro Joito,  
el de la triste figura,  
es el más pobre de todos  
en suerte y en vestidura.

No tiene gracia su canto,  
ni su plumaje pinturas;  
siempre está solo, apuntando  
con su pico las alturas.

Y hace pensar a las gentes,  
en tan extraña postura,  
que en el cielo y no en el agua  
está el maná que procura.

Los muchachos de la escuela,  
como pasa en la laguna,  
ni son de la misma especie,  
ni tienen igual fortuna.

Impera la Garza Real  
con la nieve de sus plumas,  
y existe el pobre Joíto,  
el de la triste figura.

Joíto llaman al niño  
por su pobre vestidura  
y en el sueño y no en la clase  
está el maná que procura.

El vive en otras esferas;  
aquella escuela lo abruma;  
ama el cielo azul y libre  
y las nubes como espuma.

El grácil vuelo del ave,  
dueña de vientos y anchuras;  
la luz dorada del sol  
y la de plata de luna.

Las noches con sus misterios  
y las mañanas de bruma;  
mediodías imperiales,  
las tardes suaves y puras.

Y no ha logrado la madre,  
por más que afana y apura,  
que pierda el don de la vida  
a cambio de la cultura.

Y llora la incomprensiva  
por su rara criatura.  
El profesor desespera  
por su labor anula.

Pero de pronto Joíto,  
por dicha o por desventura,  
cambió de ser al impulso  
de su secreta ternura.

Olvidó la luz del sol  
y la de plata de luna,  
las noches con sus misterios  
y las mañanas de bruma.

## VII

De la escuela del poblado  
los colegiales salieron.  
Solo Joíto quedó  
para hablar con el maestro.

— Mi madre celebra santo  
por los finales de enero.  
Quiero darle la sorpresa  
de ser, en clase, el primero—.

El profesor extrañado  
miró al niño con afecto  
y así fue como Joíto  
cambió de ser y de genio.  
Sin embargo, muchas veces,  
mirando lejos, muy lejos,  
su mirada se perdía  
en el país de los sueños.

Cuando llegaba a la escuela  
alguna racha de viento  
y se impregnaba el salón  
de olor a campos abiertos.

Llegó el santo de la madre  
y el profesor satisfecho,  
con letra muy adornada  
escribióle en un cuaderno:

—Señora, la felicito,  
por su santo y por el hecho  
de que su muchacho es hoy  
el mejor de su colegio—.

El corazón de Joíto  
le brinca dentro del pecho;  
polluelo de Garza Real  
prueba de nieve y de vuelo.

Y allá va rumbo a su casa,  
chiflando como jilguero;  
lleva el regalo a la madre  
en las hojas del cuaderno.

Dios te bendiga Joíto  
porque te volviste bueno  
y por amor a tu madre  
sacrificaste el anhelo,

de estar a orillas del río,  
de correr campos desiertos  
gozando el don inefable  
de hacer el instante eterno.

Joíto llegó al popal,  
mortaja de arroyo muerto.  
Era un campo de jacintos  
con sus florones abiertos.

Pensó en su madre y dispuso  
llevarlos con el cuaderno.  
Su madre tiene los ojos,  
azules, grandes y tiernos.

### VIII

Al hijo espera la madre  
y apresura su tarea  
de prepararle alfajores,  
turrón, papín y jalea.

Cuando Joíto pregunte  
a que se debe la fiesta,  
le tiene un dulce reproche;  
—¡Es mi santo y no te acuerdas!

Y en los ojos de su niño  
verá asomarse la pena  
y en sus besos gozará  
las disculpas y la cuelga.

Y afanosa viene y va  
de la cocina a la mesa;  
es, justamente, la hora  
en que Joíto regresa.

Se habrá quizás entretenido  
según la costumbre vieja  
jugando trompo y canicas,  
el pipije o la rayuela.

Pero sin que lo confiese,  
está poniéndose inquieta  
y nerviosa viene y va  
de la cocina a la mesa.

Lo castigaron tal vez  
¡y en una fecha como ésta!  
Ella ignora que Joíto  
es el mejor de la escuela.

Pasa el tiempo y el muchacho  
no aparece por la puerta  
y afligida viene y va  
de la cocina a la mesa.

¿Pero qué habrá sucedido  
si ya son las tres y media?  
Coge un chal; sale a la calle  
echada por la impaciencia.

La escuela estaba cerrada;  
sin una alma, la plazuela.  
Vuelve a su casa por ver  
si ha regresado en su ausencia.

Y va y viene nuevamente  
de la cocina a la mesa  
y vuelve a salir de casa  
llorando a lágrima suelta.

A todo el que halla pregunta.  
Siempre la misma respuesta;  
lo vieron salir chiflando  
muy contento de la escuela.

Pasan horas como siglos,  
el niño no se presenta.  
La noticia se ha extendido,  
a buscar todos se aprestan.

¡Joito! ¡Joito! gritan;  
el nombre, el viento se lleva.  
Y el eco ayuda a buscar  
repitiéndolo sin tregua.

Y ya estaba anocheciendo  
cuando llegó la tragedia.  
Un mojado cuerpecito  
sobre de una parihuela.

Lo sacaron del popal,  
del arroyo de agua muerta;  
en una mano, el cuaderno;  
en otra, las flores yertas.

Los jacintos lo engañaron  
con las pupilas maternas,  
como ellas, eran sus flores,  
grandes, azules y tiernas.

La cocina se apagó,  
todo está frío en la mesa.  
El cuaderno está manchado.  
Fracasaron las sorpresas.

## IX

Cogió la madre a Joito  
en la cuna de sus brazos  
y echó camino adelante  
hacia el humilde Santuario.

Ni un grito, ni una plegaria  
cruzó el arco de sus labios;  
todo el pueblo la seguía;  
las mujeres sollozando.

Quisieron quitarle el cuerpo,  
el cuerpo del niño ahogado;  
pero no lo permitió  
y prosiguió caminando.

En el templo penetró  
y enseñó al Crucificado,  
el niño con el cuaderno  
y las flores en la mano.

Y todos vieron al Cristo.  
Los torvos ojos airados  
se le tornaban piadosos  
viendo el cuerpo del ahogado.

La mirada del pirata  
desapareció por encanto  
y asomó la de Jesús  
a la Virgen contemplando.

Y los que aquello veían  
presintieron el milagro.  
Abrió los ojos, Joíto:  
estaba resucitando.

Señor de la Buena Suerte:  
tus torvos ojos airados,  
en los más dulces del mundo  
para siempre se tornaron.

X

Aquí termina el romance,  
en el que adrede fundí,  
corbetas de Nueva España  
y bucaneros de Haití,  
con la Cruz del Sur caída  
sobre las aguas de añil.

Los pájaros pescadores,  
el alma de un querubín,  
y los ojos de una madre  
como aquellos que perdí,  
en que el cariño asomaba  
sobre las aguas del añil.

Señor de la Buena Suerte,  
en Huimanguillo te vi.  
El Mexcalapa corría  
a verter en el confín,  
tu leyenda como espuma,  
sobre las aguas de añil.

Señor de la Buena Suerte  
para llegar hasta ti,  
abre el romance sus alas  
en la tarde de zafir  
y tu cruz lo va siguiendo  
sobre las aguas de añil.





FT/861M/G659/V.2/EJ 3 904032  
GURRIA URGEL • JOSE MARIA  
LOS ROMANCEROS DE JOSE MA

Adq. 215036

José María Gurría Urgell nació en Pichucalco, Chiapas, el 6 de agosto de 1889. Estudió la carrera de Jurisprudencia en la Universidad Nacional de México, y fue uno de los fundadores de la Escuela Libre de Derecho. A la edad de 50 años se dedica a escribir la obra poética que integra esta recopilación. Cronológicamente escribió el 'Romancero del Santuario' en honor a la finca en el Estado de Tabasco en donde vivió su juventud. Más tarde escribió los romanceros 'Tabasco', 'Grijalva' y 'Pichucalco'. Posteriormente, el 'Romancero del Recuerdo', 'Romance de los tres Dioses' y 'Romancero de Veracruz'. Finalmente fue publicada la 'Antología del Recuerdo'. Las cuatro últimas son obras póstumas. Falleció en la Ciudad de Veracruz el 25 de Agosto de 1965.



---

**Gobierno del Estado de Chiapas  
Instituto Chiapaneco de Cultura**

ISBN 968-6492-91-7: OBRA COMPLETA  
ISBN 968-6492-93-3: VOLUMEN 2

---

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

**ict**  
**Ediciones**

ISBN 968-889-248-3: OBRA COMPLETA  
ISBN 968-889-250-5: VOLUMEN 2

